

Del ladrón invulnerable al que arrancó la oreja de su madre:¹ mito, leyenda y cuento del bandido en la América hispana²

JOSÉ MANUEL PEDROSA
Universidad de Alcalá

Tono Camila, bandido de Jutiapa (Guatemala)

En el año 2003 pudimos registrar yo y un grupo de alumnos míos, de la viva voz de Alfonso R., un joven guatemalteco de Jutiapa que tenía entonces 28 años, y que estaba culminando sus estudios de doctorado en la universidad de Alcalá de Henares, todo un ciclo narrativo que podríamos calificar de histórico-legendario acerca de un bandido, Tono Camila, que, a tenor de aquellas informaciones, debió operar en el municipio de El Progreso, en el departamento de Jutiapa, Guatemala, hasta hace unos pocos años, y que es posible que todavía no haya muerto, porque los datos del informante sobre el final de sus correrías, aunque confusos, parecen sugerir que el bandido sigue vivo. Aunque quizás (si es que

¹ ATU 893.

² Este artículo se publica dentro del marco de la realización del proyecto de I+D del Ministerio de Ciencia e Innovación titulado *Historia de la métrica medieval castellana* (FFI2009-09300), dirigido por el profesor Fernando Gómez Redondo, y del proyecto *Creación y desarrollo de una plataforma multimedia para la investigación en Cervantes y su época* (FFI2009-11483), dirigido por el profesor Carlos Alvar. También como actividad del Grupo de Investigación Seminario de Filología Medieval y Renacentista de la Universidad de Alcalá (CCG06-UAH/HUM-0680). Y del grupo GIECO-Instituto Franklin-U. de Alcalá (Ref: CCHH2006/R02), y como parte del proyecto CLYMA (ref. IUENUAH-2009/003) financiado por el Instituto Franklin de la Universidad de Alcalá. Agradezco sus consejos y ayuda a María Jesús Lacarra.

no ha salido de ella) sí esté en la cárcel y con su banda desmantelada.

Los informes acerca de Tono Camila que ofreció Alfonso fueron densos, pero también ambiguos y a veces contradictorios, como si en ellos no estuviese perfectamente clara la frontera entre realidad y ficción, entre historia y mito, y como si se hallasen plenamente inmersos en un proceso de cambio y desarrollo narrativo en que la dimensión mítico-literaria estuviese ganando terreno continuo a la histórica.

En cualquier caso, hay que apuntar que el que un joven guatemalteco con estudios universitarios fuese capaz de narrar un ciclo de relatos orales de calidad etnográfica tan incuestionable es algo que en España y en Europa puede resultar insólito, pero que en América sorprende sólo a medias. Alfonso se había criado en la finca familiar y en la comarca que servía de escenario de sus relatos, y era por tanto un informante tan legítimo y autorizado como podía ser cualquier otro que hubiese participado de aquel mundo local y rural.

Varias veces repitió Alfonso que sobre Tono Camila corrían historias y cuentos innumerables, lo que parecía situar su figura sobre un horizonte mítico, y por tanto dentro de una cronología muy del pasado; pero otras veces se refería al bandido como un personaje con el que su familia, y él mismo, llegaron a tener cierto trato personal, lo que le situaba en el nivel de la contemporaneidad. Las contradicciones y ambigüedades que envuelven estos relatos quedan acentuadas por el hecho de que nunca después he podido encontrar datos ni informaciones adicionales sobre Tono Camila, por más que los he buscado en la bibliografía especializada, e incluso en internet. Los relatos innumerables que según nuestro informante corrían acerca del bandido, de los que me dio muestras muy interesantes, pero al parecer incompletos y parciales, puede que sigan operativos en un ámbito cerradamente oral y local, al que, hasta hoy, sólo ha abierto una puerta al exterior la voz de Alfonso registrada en 2003.

En cualquier caso, desde el punto de vista de la poética y de la sociología del relato oral, estos informes tan espontáneos, densos

y contradictorios acerca del bandido Tono Camila nos permiten emprender, de algún modo, un viaje insólito (que otros relatos acerca de más bandidos americanos nos permitirán en seguida prolongar) hacia el laboratorio interno de la voz y del imaginario popular del continente americano, al menos en lo que se refiere a su profusísima mitología de la delincuencia, y a la que se expresa esencialmente en español. Aunque nos detendremos también, para asomarnos al menos a ese otro ámbito, en el caso de un bandido indígena.

Antes de reproducir el ciclo de relatos orales que registramos a Alfonso acerca de Tono Camila, adelantaré un sumario escueto de lo que parecen ser las claves de la personalidad y de la actividad del bandido, de acuerdo con los relatos que fueron registrados en torno a él:

- Tono Camila era un hijo “maldecido”, sin que queden claros ni el cómo ni la razón o génesis de esa condición. Además, “se decía que tenía el alma vendida al diablo”. Que “era un tipo muy astuto, muy inteligente, muy hábil”, y que desde su infancia se comportó como un ser maligno, perverso, cruel: “conforme fue creciendo, él empezó haciendo maldades en el ambiente social, en el entorno cercano”.

- Los relatos acerca de él no mencionan en absoluto a su padre, pero sí ponen mucho énfasis sobre la figura de su madre. Su apellido coincidía, por añadidura, con el nombre materno, Camila. Además, ella es representada protegiéndole, intercediendo por él, buscándole asistencia médica.

- Ya adulto, Tono Camila se convirtió en un bandido despiadado que asesinaba tanto a ricos como a pobres inocentes. Él y su banda eran muy temidos porque robaban, mataban, torturaban, violaban incluso a matrimonios ancianos míseros e indefensos. Eran además amantes de pendencias de alcohol y taberna.

- Pese a su proverbial crueldad, alcanzó a mostrar a veces rasgos de humanidad e incluso de generosidad. En cierta ocasión en que el bandido había sido herido, su madre, doña Camila, acudió al tío de mi informante para pedirle que lo llevase en coche al hospital. El informante se lamenta en una ocasión de que, “después,

nunca le agradeció. Tono Camila nunca le agradeció a mi tío". Pero a continuación afirma lo contrario, y asegura que desde entonces nunca molestó el bandido a ningún miembro de su familia, a pesar de que se cruzaban continuamente con él. Otro rasgo de generosidad: en la cárcel, Tono Camila se convirtió en protector de un joven paisano suyo de El Progreso.

- Tono Camila era prácticamente invencible o invulnerable a las balas, porque no sólo resistió el acoso de la justicia, sino también de "los escuadrones de la muerte". Y hasta de francotiradores que llegaron a dispararle cuando se encontraba, se suponía que distraído, en el circo. A veces parecía que fuese invisible, porque "atraparon a todos los de su banda, mataron a algunos, muchos salieron huyendo. Y él nunca huyó de la justicia, siempre andaba ahí". Esa invisibilidad-invulnerabilidad, que veremos que es rasgo compartido por otros bandidos, y a la que dedicaremos demorada atención en este artículo, queda subrayada por frases como estas: "nunca lo pudo agarrar la policía, a pesar de que hacía sus fechorías de una forma descarada"; "lo tuvieron muy cerca, frente a frente, y lo disparaban y no se moría"; "Tono Camila dio un brinco, dio una vuelta en el aire y cayó. Y la bala le pasó rozando la oreja nada más"; "y le cogieron, y le empezaron a disparar de frente, a dos metros de distancia [...]. Y él, con su pistola disparándole a los policías. Y a él no le pasó nada"; "le dieron, qué sé yo, más de treinta balazos en el cuerpo. Eso fue hace tres años o algo así. Al final, le dieron treinta tiros y no murió".

- Tono Camila parece que tenía enemigos por todas partes, y que tanto el pueblo bajo y común como las fuerzas de seguridad y hasta enigmáticos y solitarios "francotiradores" buscaban su muerte. Ya veremos cómo el dato de que la comunidad al completo conspiraba contra él ("la última vez fue que lo cogieron entre mucha gente y lo acibillaron a balazos") se repite en otras leyendas de bandidos que conoceremos después.

- Para terminar, conviene recalcar que, en uno de los intentos que se hicieron para detenerle, "le dispararon a los testículos para dejarlo estéril, y [que] no tuviera más hijos". El detalle es de gran importancia, porque es lo único que sugiere, en los relatos que

fueron registrados a Alfonso R., que Tono Camila podría haber sido también un bandido aficionado a las mujeres. En los relatos acerca de otros bandidos, el ingrediente de depredador sexual de las mujeres de la comunidad se revelará, de hecho, enormemente significativo. Ello puede que esté en relación con el hecho de que la colectividad al completo le odiase y persiguiese.

Antes de esbozar un análisis de cada uno de estos rasgos o motivos de la personalidad histórico-legendaria de Tono Camila, veamos íntegros los seis relatos que pudimos registrar acerca de él:

[1. El nacimiento y la infancia del bandido Tono Camila]

[Su madre fue] una señora que se llamaba Camila, y tuvo un hijo que supuestamente era un hijo maldecido. Algo había pasado. Entonces a él le decían Camila, también porque era como el hijo de la Camila, pero ya luego le quedó “la Camila”.

Bueno, conforme fue creciendo, él empezó haciendo maldades en el ambiente social, en el entorno cercano, hasta que, cuando ya fue un poco mayor, pues fue un delincuente muy de los peores que ha habido en mi pueblo, andando dos o tres años. Pues no se sabía la maldición, sólo se sabía de dónde lo venía, pero decía que tenía el alma vendida al diablo, porque sucedían cosas inexplicables y se contaban cosas increíbles de él.

[2. Los crímenes del bandido Tono Camila]

Era un tipo muy astuto, muy inteligente, muy hábil para muchas cosas: para manejar armas, para defenderse. Y bueno, nunca lo pudo agarrar la policía, a pesar de que hacía sus fechorías de una forma descarada. Y bueno, se cuenta que lo tuvieron cerca los escuadrones de la muerte, que fue el último recurso al que llegaron para matarlo a él y a su banda. ¿Por qué no? Cometía asesinatos, violaciones y cosas de este tipo, y lo tuvieron muy cerca, frente a frente, y lo disparaban y no se moría.

Le decían Camila, Tono Camila, Tono Camila; era Tono, era Antonio, y le decían Tono, entonces era Tono Camila.

Y era alguien del que, bueno, se cuenta una cantidad de historias impresionante.

No robaba a los ricos para dar a los pobres. No, no. Él robaba parejo. No, era una especie de bandido. Robaba a los ricos y robaba al que podía. A los ricos, a los pobres pues también. Los mataba o lo que sea.

Nunca asaltaba un banco o cosas de esas, pues nunca hubo de ese tipo de cosas. Era más en casas. O sea, sembraba el terror entrando en las casas. No tenías ni seguridad en tu propia casa. Y los robos que hicieron fueron más o menos del estilo. Asesinaba sin piedad a gente inocente. Y luego en peleas, en bares, ¿no? Que siempre salían triunfantes. Y peleando con mucha gente.

Los padres de la esposa de una cuñada de mi hermana —para mi hermana era una gente muy cercana— eran dos ancianos que vivían en su casa. Y entraron en su casa a robarles. Robaron todo, violaron a la señora, violaron al señor, los hicieron muchas torturas con puñales. Luego, hasta que los mataron desangrados. Pero los tuvieron toda la noche, pues, haciéndolos, y viendo cómo se robaban las cosas, y se bebían los licores, que tenían los licores ahí, cómo se quitaban todo. Y luego se fueron, y aparecieron pues muertos al día siguiente, ¿no?

Y era una gente muy conocida en el pueblo. Y así lo hicieron con varias familias. Por eso era que se llegó pues de que la policía no podía actuar con ellos, porque era imposible prácticamente. Atraparon a todos los de su banda, mataron a algunos, muchos salieron huyendo. Y él nunca huyó de la justicia, siempre andaba ahí. De hecho, vivía muy cerca de la finca que teníamos nosotros. Y claro, nosotros pues teníamos mucho miedo cuando lo encontrábamos, ¿no? Toda la gente le tenía un miedo increíble. Andaba en el pueblo y todos lo saludaban, y le hacían reverencia, porque, claro, mejor tenerlo de amigo que de enemigo.

[3. *El bandido Tono Camila, herido y curado*]

Tono Camila. Es que resulta que una vez no sé si lo balearon o se baleó él por error o algo así. Y resulta que iba pasando un tío mío, o mi padrino, iba pasando por su casa, porque estaba cerca de la finca de la que he hablado. Y resulta que la señora... la señora doña Camila, detuvo el coche y le dijo que, por favor, que llevara a Tonito al hospital, porque estaba herido.

Y claro, mi tío estaba en la tesitura de si llevarlo. Era el enemigo del pueblo, prácticamente. Y si lo llevaba, iba ser enemigo, mi tío, automáticamente, de todo el pueblo. Y si no lo llevaba, pues iba a ser enemigo de Tono Camila, que quizá era peor. Y no sabía qué hacer. Era un dilema increíble.

Entonces, lo que sucedió, que estaba ahí él pensando en qué hacer, qué decir. Y lo que hizo fue subirlo al coche y llevarlo a un médico. Y bueno, al final, pues parece ser que lo esperó ahí, porque dijo que lo esperara. Y al final, no era nada grave. Era un roce de bala nada más. Y bueno, lo tuvo que dejar en el hospital, y ahí se fue.

Y después, nunca le agradeció. Tono Camila nunca le agradeció a mi tío y tal.

Y creemos que es por ese gesto que tuvo mi tío que Tono Camila nunca le hizo nada a mi familia. Porque mi abuelo se iba a ordeñar las vacas con mis tíos, y yo, alguna vez, a las cuatro de la madrugada. Y pasábamos enfrente de su casa, y lo veíamos a él algunas veces, y a su banda por ahí, y nunca nos hicieron nada.

Cuando ellos estaban por ahí, la gente no se atrevía ni a pasar por donde ellos estaban, porque eran presa segura. Nosotros, no sé, quizá con más valor... o con más ingenuidad que valor, pues pasábamos y nunca nos decían nada.

Y recuerdo una vez que estaba en un copante, que aquí es un puente pequeñito que hace únicamente un agujero para que pase un riachuelo abajo. Pero es un puente, pero muy pequeño, muy pequeño, quizá de unos tres metros, o algo así, de ancho. Íbamos en el coche con mis primos y mi tío para la finca. Y de repente, mi tío frenó, y dijo:

—Está Tono Camila ahí.

Y resulta que estaba con la pistola blanqueándole a uno, haciendo blanco, ¿no? Entrenándose él allí. Y cuando le vimos con la pistola, pues nos dio mucho miedo, pero no podíamos regresar ni nada. Y llegamos y nos saludó cordialmente, sin ningún problema. Lo curioso fue que nunca intentó hacer nada contra nosotros, y vivíamos muy cerca relativamente, y nunca nos hizo daño. De hecho, iba a la finca, llegaba a la finca, y nosotros no decíamos nada, que no entrara ni nada, por respeto.

[4. El bandido Tono Camila, tiroteado en el circo]

Una vez estaba en un circo. Llegó un circo, y estaba sentado en el graderío del circo. Y contrataron a un francotirador. Entró el francotirador, se dio cuenta dónde estaba sentado Tono Camila, porque no se escondía. Además, él andaba por el pueblo, y tranquilamente, sin pena y sin preocupación de que lo fueran a coger o a matar, cuando ya sabía que tenía su vida, ya, pues contada prácticamente. Pues el francotirador entró, vio dónde estaba sentado y salió. Luego calculó el lugar fuera de la carpa para ver dónde disparaba, y se cuenta que, cuando cayó el disparo, Tono Camila dio un brinco, dio una vuelta en el aire y cayó. Y la bala le pasó rozando la oreja nada más. Y cosas de este tipo, ¿no?

[5. El bandido Tono Camila, invulnerable a los disparos]

Y por ejemplo, una vez estaba en la calle principal de mi pueblo, y llegaron en un coche cuatro o cinco personas, militares, y le cogieron, y le empezaron a disparar de frente, a dos metros de distancia. Y él estaba con cuatro personas, y hirieron a dos de ellas. Bueno, no, hirieron a tres menos a él. Pero uno estaba muy gravemente herido. Y lo cogió en los hombros. Y él, con su pistola disparándole a los policías. Y a él no le pasó nada. Y cosas así. Siempre lo cogían y tal. Y disparaban. Y nunca le pasó nada.

[6. El apresamiento del bandido Tono Camila]

Nadie lo denunciaba. Nadie lo denunciaba, porque quien lo denunciaba cogía represalia con ellos. Y hasta que hubo alguien, parece ser, que lo denunció. Y cuando lo cogieron, pues lo emboscaron, como te digo. Habían matado a muchos de su banda. Otros se fueron muriendo. Otros los cogieron. Menos a él. Se cree que fue la policía y escuadrones de la muerte, o gente o matones que alguien contrató, porque, claro, hizo tantas fechorías que no se sabía quién era el que quería vengarse ya de él. Sobre todo, cuando iba a hacer asaltos a las casas.

Pero, la verdad, que se cuentan historias muy malas hasta que lo cogieron. La última vez fue que lo cogieron entre mucha gente

y lo acribillaron a balazos. Le dieron, qué sé yo, más de treinta balazos en el cuerpo. Eso fue hace tres años o algo así.

Al final, le dieron treinta tiros y no murió. Y lo único que se sabe es que le dispararon a los testículos para dejarlo estéril, y no tuviera más hijos, para que no pasara algo así. Sí, de verdad, porque, como se creía que era estéril, que no hubiera descendencia.

Y actualmente estaba en la cárcel. Y una cosa curiosa: una vez, él era del pueblo de nosotros, cuando ya estaba en la cárcel, metieron preso a un muchacho compañero nuestro, porque andaba borracho o conduciendo borracho, y lo metieron a la cárcel. Por eso, cuando llegó a la cárcel, los demás presos querían hacerle daño a este muchacho. Y de repente, se paró Tono Camila, y dijo:

—¡Momento! A este hombre no lo tocan, porque es de El Progreso, y yo soy de El Progreso. Y el que lo va a tocar, se va a meter conmigo.

Y nadie dijo nada.

Una cosa curiosa.

Tenía actos de ese tipo también, de benevolencia. Como, por ejemplo, cuando nosotros lo veíamos, pues nos saludaba muy cordialmente, y nunca nos hizo daño. Y esta vez, pues defendió a este chico que no tenía nada que ver con él. Simplemente, porque era del lugar de donde éramos nosotros. O sea, tenía gestos de benevolencia, y un historial delictivo muy malo.

En mi pueblo había uno [de su banda] hasta hace muy pocos años. Cerca de la finca de mi abuelo.

Bueno, de este personaje se puede escribir un libro totalmente, porque cada historia es una aventura impresionante. Es la verdad, es un personaje apasionante, porque era sagaz, muy hábil, muy inteligente (Pedrosa, 2008: núms. 347-352).

No es posible, en el muy limitado espacio del que disponemos, hacer un análisis exhaustivo y comparativo de los diversos motivos narrativos, muchos de ellos de evidente raíz mítico-legendaria, que la imaginación del pueblo y la tradición oral han ido sumando y adhiriendo a la figura de Tono Camila. Contentémonos, a la espera de encontrar algún espacio futuro en el que desarrollar tales análisis y contrastes, con especificar algunos rasgos:

- El hecho de que Tono Camila fuera “un tipo muy astuto, muy inteligente, muy hábil”, y además un bandido y un ladrón, le asocia automáticamente a dos categorías generales y emblemáticas de personajes mítico-folclóricos: la del *trickster*, tramposo, burlador, y la del bandido o ladrón de dotes prodigiosas, que cuenta con una viejísima y prácticamente universal tradición cultural, desde el Gilgamesh mesopotámico (ladrón de la madera prohibida de un bosque sagrado) o el Prometeo griego (ladrón del fuego de los dioses) hasta hoy.

- El hecho de que Tono Camila fuese un hijo “maldecido”, de que tuviese “el alma vendida al diablo”, de que desde su infancia se comportase como un ser maligno y cruel, obsesionado por causar daño, le asocia a otra categoría de personajes literarios de tradición también muy vieja, y que cuenta con exponentes como el malévolo (aunque al final quedase redimido) Roberto el Diablo.

- El vínculo especial (hasta en el nombre que hereda) de Tono Camila con su madre se halla dentro de otra tradición cultural, muy arraigada, de personajes carismáticos que mantienen relaciones muy estrechas con sus madres (mientras que sus padres ocupan un papel muy secundario o inexistente en sus biografías), desde Aquiles o Cristo hasta el Che Guevara.

- Los puntuales rasgos de humanidad (con el vecino que le lleva en coche al hospital, al que ya no vuelve a molestar) e incluso de generosidad (con el joven paisano al que protege en la cárcel) de Tono Camila se inscriben, por supuesto, dentro de la inmemorial tradición del bandido bueno, generoso, protector del débil, que tiene como representante emblemático a Robin Hood.

- La condición de invisible, invencible, invulnerable, resistente a las balas, que se atribuye al bandido es rasgo tópico que veremos repetido en otras historias sobre bandoleros que enseguida conoceremos, y que comparte, por supuesto, con una gran cantidad de héroes de ficción. Recuérdese, a este respecto, que, en la mitología griega, diversos dioses y héroes usaban talismanes (el casco de la invisibilidad de Hades, que utilizaba Hermes, o la égida o escudo invulnerable de piel de cabra de Atenea) que procuraban invisibilidad e invulnerabilidad.

• Finalmente, el que “le dispararon a los testículos para dejarlo estéril, y [que] no tuviera más hijos” es un rasgo más que intensifica la dimensión mitológica del bandido. Hay otras historias acerca de bandidos castrados por el pueblo al completo, en concreto por los varones, para cancelar su capacidad fecundante. En el carnaval del pueblo de Villanueva de la Vera (Cáceres, España), se escenifica cada año, por ejemplo, el proceso, la pasión y la muerte del bandido Peropalo, al que se representa mediante un gran muñeco del que suele pender un gran falo, porque la tradición le atribuye genitales prodigiosos, amores con muchas mujeres de la zona y paternidades innumerables en los alrededores. Los envidiosos y celosos varones del pueblo son los encargados de ajusticiarlo mediante disparos y fuego, con el fin de acabar con sus capacidades genésicas y con sus robos (Pedrosa, 1996; Castañar). En cualquier caso, el que toda la colectividad le persiguiera y el que le dispararan a los testículos para que no tuviera más hijos parece adscribir a Tono Camila, pese a las magras informaciones que tenemos al respecto, a la categoría mítico-literaria de los bandidos que son al tiempo agresores sexuales de las mujeres de una comunidad, y lo acerca a la órbita del donjuanismo o de ficciones que van desde la *Ilíada* homérica hasta *Fuenteovejuna* (de Lope de Vega), *El alcalde de Zalamea* (de Calderón), *La visita de la vieja dama* (de Friedrich Dürrenmatt), *El perfume* (de Patrick Süskind) o *La fiesta del chivo* (de Mario Vargas Llosa), en que el raptor o violador de mujeres es al final eliminado por los varones de la comunidad expoliada.

Relatos similares o emparentados con los que hemos conocido acerca de Tono Camila tienen gran difusión, todavía hoy, en las tradiciones orales de toda la América que se expresa en español, e incluso de la América de los pueblos originarios que se expresan en sus propias lenguas indígenas. Están protagonizados, según iremos viendo, por bandidos de nombre diferente pero de atributos y representaciones sorprendentemente análogos, en muchísimos casos, a los que acabamos de conocer. El bandido protagonista suele aparecer, en ellos, como un sujeto real e histórico, a veces incluso contemporáneo o muy próximo al tiempo actual, y conocido a veces de muchos en el pueblo o en la comarca. Ciertos infor-

mantes llegan a afirmar que han tenido trato personal con él o que lo han conocido por lo menos de vista. Mientras que otros datos e informes, por lo general muy inseguros y poco fiables, remiten a décadas e incluso siglos atrás.

En cualquier caso, el complejo perfil pretendidamente real e histórico de estos personajes se nos muestra rodeado y adornado muchísimas veces de rasgos mítico-legendarios y de motivos folclóricos migratorios, flotantes, consuetudinarios, que acaban convirtiéndolos en puros personajes de ficción, muy próximos a los héroes de las mitologías de orígenes e incluso a los superhombres de los cómics y del cine, que podemos considerar como los dos polos opuestos y a un tiempo complementarios que marcan el principio y el final del diseño cultural de estos personajes. En los relatos que nos queda por conocer veremos que se inmiscuyen, de hecho, las sombras tanto del inmemorial mito indígena como de los superhéroes literarios y cinematográficos de la modernidad (El Zorro, en concreto), que han asediado y contribuido a moldear, desde orillas diferentes, las representaciones populares del delincuente americano. Un capítulo aparte y muy nutrido merecerían tener, dentro de este panorama, los *narcobandidos* o *narcodelinquentes* que hoy mismo están generando toda una asombrosa mitología del crimen en Hispanoamérica. Los dejaremos aparte en esta ocasión, por cuanto la narrativa y el cancionero que surgen en torno a ellos presentan rasgos que merecen ser tratados de manera específica, y por cuanto hay hoy muchos investigadores, sociólogos, antropólogos, etcétera, que se hallan estudiando y publicando sus análisis acerca del fenómeno. Baste adelantar, ahora, que esta apabullante *narcomitología* que cobra alas en el continente americano tiene vínculos estrechísimos con el imaginario del bandido tradicional en el que nos vamos a centrar ahora, que es de algún modo su precedente más inmediato.

A todo esto hay que añadir que, como ya nos ha mostrado el ciclo narrativo de Tono Camila, los relatos acerca de tales bandidos suelen tener una difusión esencialmente local y circunscribirse a las áreas geográficas en que los bandidos actuaron (o se dice que actuaron) de manera directa, e irradiar no mucho más allá; cada área

geográfica de la América hispana suele contar con su propia cantera de bandidos y delincuentes histórico-legendarios, por más que todos compartan, como veremos, atributos de ficción que resultan ser comunes e intercambiables. Son pocos los casos en que alguno de estos bandidos llega a adquirir la dimensión de bandido *nacional* (e incluso de bandido *internacional*) y a trascender la memoria estrictamente local. El caso del Cuto Partideño es uno de ellos.

El Cuto Partideño, bandido de la frontera de El Salvador y Guatemala

Vamos a conocer ahora, y a contrastar con los anteriores, un conjunto interesantísimo de relatos orales acerca de otro bandido que ha sido muy celebrado en El Salvador, sobre todo, aunque su carisma haya irradiado también hacia algunas zonas de la frontera Guatemala.

Su protagonista es el llamado Partideño o Cuto Partideño, de quien tenemos informaciones sorprendentemente disímiles: hay quien lo “ha visto” y ha participado de lances y aventuras con él en fechas muy recientes; otros juran y perjuran que debió de vivir en el siglo XIX o en los inicios del XX (alguno le asocia incluso al asesinato de un presidente de la República de El Salvador que tuvo lugar en 1913); y no falta quien sitúa sus aventuras en la época un tanto nebulosa de la colonia española, acaso en el siglo XVIII y quizás antes.

Es un bandido justo y bueno y está traumatizado por algún lance amoroso desgraciado que le convirtió en una especie de soltero o de viudo melancólico, como unas u otras fuentes nos irán dejando saber. Algún etnógrafo salvadoreño lo ha presentado como “un personaje que vive en las cuevas, roba ganado y reparte comida a los pobres. Él rememora al Zorro europeo [otro bandido bueno y justiciero que arrastra un trauma amoroso insuperable, añado yo]. Se dice en la Zona Oriental que se ha ido para Honduras y que por eso ya no aparece. Quizás la guerra y la violencia han hecho que realmente esta tradición haya emigrado con la gente a otros lugares” (Gutiérrez, s.f.: 51). Curiosa y anacrónica mezcla de fuentes, sustratos, acontecimientos, sin duda.

Conozcamos, para iniciar nuestro acercamiento al personaje, el impresionante relato que sobre El Cuto Partideño hizo don José Casimiro Díaz Morales, entrevistado en Berlín, Usulután, en 1986, quien aseguraba que él había tenido relación más o menos cercana con El Partideño, que le había acompañado en algunas jornadas de pesca, que le había ayudado a esconderse de sus perseguidores y que había estado cerca de él cuando le mataron, según se desprende de sus insólitas palabras conclusivas: “Así es que [al] Partideño lo fusilaron, y yo me vine para acá para la Casa de la Cultura”.

Detalles cruciales del relato: El Partideño es presentado, en primer lugar, como un auténtico Don Juan que robaba las mujeres de los ricos y de los pobres; pero luego también como un “hombre de ciencias”, de posición elevada e “intelectual”, recto, que “no mataba gente”; como un sujeto “encantado” —¿con poderes mágicos, quizás?; puede que sí, porque era capaz también de metamorfosear animales y de adoptar de manera prodigiosa apariencias falsas para escapar de sus perseguidores—; finalmente, cuando decidió que ninguna mujer era conveniente para él, El Partideño se dejó sacrificar mansamente. La sombra de El Zorro, caballeresco y justiciero, apto para las más inverosímiles metamorfosis e invisibilidades, incapaz de reconstituir o encauzar su vida amorosa, anda cerca.

Metáforas quizás, esa melancolía y esa muerte que siguen al fracaso en el amor, del declinar paralelo de la potencia sexual y de la propia existencia que, en la cultura hispanoamericana, ha dado lugar a fábulas reminiscentes, como la del dictador Trujillo de *La fiesta del chivo* de Mario Vargas Llosa, cuya muerte a manos de una conspiración de varones rebeldes que encarnan a la colectividad del expoliado pueblo dominicano va dramáticamente precedida, en la novela del escritor peruano, por el momento absolutamente álgido en que el viejo y lúbrico chivo descubre su acabamiento sexual y pasa de ser una bestia infinitamente soberbia a un animal infinitamente abatido:

En aquel tiempo, veá, había un coronel, un coronel que perseguía a Partideño. Entonces, él se cruzaba por los bosques, por grandes

serranías, él tenía sus cuevas en varios desiertos, tenía mujeres sin contar, entonces, él... andaba... allí ponía sus hamacas, allí tenía mujeres bonitas... se las robaba a los ricos, a los pobres; mujer que le gustaba él se la llevaba.

Entonces, Partideño, veá, era un hombre de ciencias, un hombre de esperanzas, un hombre que todo lo llevaba en regla, que él no mataba gente, él no mataba gente, él era un hombre activo, pero sí, sí las autoridades lo querían capturar... Él no, era encantado el hombre, era encantado.

Entonces, allá un día... estaba yo, veá, pescando, junto con él, allí en el lugar del Lempa, pues si así le vamos a poner allí en el lugar del Lempa, entonces él, él tenía un su caballito... Y ese día estaba con una maleta de pescado, y yo como... él estaba asando, yo llegué a pedirle una pescada. Entonces, El Partideño me la dio. Cuando llegó ese coronel, me dijo:

—¿No has visto a Partideño?

—No, señor, a Partideño no lo conozco. No sé quién es Partideño —le dije.

Entonces, el caballito comiendo, veá... Pues allá a la segunda vez... Partideño estaba otra vez con la pescada, ya allí no estaba yo, estaba él con sus pescadas, pero ya lo hallaron... Entonces, cuando iba la tropa, le pegaba al caballo con la mano, veá, y se transformó en una mula. Ya no era caballo, era mula... Entonces... ese día no le hicieron nada, porque siempre se transformaba en pobrecito, pescador, y le dijeron:

—¿No has visto, no ha venido Partideño por aquí?

—No, señor, no ha venido.

—Lo buscamos que queremos platicar con él —le dijeron.

Allá al momento, el siguiente día... la siguiente noche, pues, volvió a llegar, ya estaba transformado, con dos pistolas y un fusil aquí.

—¿Quién eres tú? —le dijo el coronel—, ¿quién eres tú?

—Yo, Partideño —le dijo.

—¿Tú sos Partideño?

Entonces, el Coronel se fue adonde él estaba y le dice:

—Con permiso, quiero platicar contigo.

—Cómo no. Está bien, señor.

—¿Quién eres tú? —le dijo.

—Yo, Partideño. Yo, Partideño. Yo soy Partideño.

—Anjá. Mirá, Partideño, en buscas de tú ando.

—Sí —le dijo—. Yo estoy aburrido —le dijo—, si andas en todo el mundo, conociendo flores distintas... Yo me he arrepentido de todos mis hechos que yo he hecho y quisiera retirarme... Ya yo quisiera morirme porque ya estoy aburrido del mundo, de andar... andar por las serranías —le dijo.

—Mira, Partideño —le dijo—, ¿y cuál es la causa, por qué tú, teniendo tantas señoras, tantas mujeres, por qué tú nunca te casaste, hombre? Siendo un hombre tan intelectual. Te vamos a andar por todo el mundo..., no sea te podamos fusilar, porque eres un hombre listo —le dijo.

—Sí, pero yo quiero ser fusilado.

—Anjá, entonces te vamos a andar por todo el mundo, tú, un hombre simpático, galán, yo quisiera que te casaras —le dijo el Coronel, veá.

—Te vuá mandar.

Y esto me sirvió de ejemplo a mí también, veá. Le voy acabar de decir.

Entonces veá, viene y le dice... Lo anduvo por todo el mundo... luego, llegó donde una muchacha; corvas altas, corvas altas. Corvas altas significa que son altas de aquí, mire, de las canillas, de las rodillas. Entonces vino.

—Y mira —le dijo—, esta muchacha es muy simpática. Esta mujer es simpática, de corvas altas, nariz... regular..., ojos de querca.

—Esta mujer es de mal corazón, y esta me puede mandar a matar, y si no, me da veneno. Manda al macho —le dijo.

Dijo y ya agarraron camino. Allá luego hallaron una muchacha morena.

—Mira, Partideño, y esta mujer ¿te gusta? —le dijo.

—Sí, me gusta.

—¿Y te quisieras casar con ella?

—Vamos a ver.

Y ya se le quedó. Esta mujer todo lo tiene bueno, pero es ojos de tecolota, azucuanada. Los pieses anchos como caites. Y esta mujer, desde allí me está pagando mal, porque salgo yo y dentro el chero [amante]. Entonces, vaya ande el macho, yo no me caso con ella.

Allá... más adelante halló a otra. Aquélla era ojos de mosquito... indita, trenza larga...

—¿Qué te parece? —le dijo.

—Esta mujer es dientes ralos, ojos de mosquito, pero esta mujer tiene todas las mañas del macho, de modo que yo no hallo qué defectos sacarle, pero se los voy a decir: esta mujer es trenza larga. Ábrale la puerta que se vaya, porque ésta es celosa, habladora, todos los defectos los tiene, así es que ande el macho y yo no me caso; mejor, a fusilarme.

Y dijo él [mismo]:

—Fuego, a Partideño —dijo—. Fuego a Partideño.

Y él dio la voz de marido, así es que [a] Partideño lo fusilaron, y yo me vine para acá para la Casa de la Cultura (Gutiérrez, s.f.: 89-92).

Maravilla que en el seno de este relato oral, un tanto confuso y no siempre coherente desde el punto de vista de la estructura narrativa, puedan convivir de manera tan fluida y natural lo pretendidamente real e histórico (el informante asegura que él fue testigo e incluso participe en los hechos que relata), lo abiertamente fantástico (la capacidad prodigiosa de Partideño para no ser visto, para metamorfosearse en pescador o para transformar a sus animales con el fin de eludir a sus perseguidores) y lo arbitrariamente fabuloso (la búsqueda fracasada de esposa por todo el mundo y el fusilamiento que solicita el mismo bandido tras fracasar en esa insólita prueba).

Conviene que retengamos, entre esta amalgama de informaciones tan extrañas, el detalle de que Partideño, pese a que podía usar de todas las mujeres que desease, acabó arrojándose con resignación a la muerte cuando, tras recorrer el mundo, hubo de reconocer que no había ninguna que le contentase ni convenciese por completo. Llama mucho la atención que su implacable perseguidor policial insista tanto en encontrarle esposa. Eco acaso de un viejo motivo folclórico, el conocido en España como “Casarás y amansarás”, que habla de castigar a algún criminal obligándole a contraer matrimonio. Recuérdese, a este respecto, la vieja cancioncilla andaluza:

De los tres males del mundo
dime cuál es peor:
el casarse, o el morirse,

o estar en una prisión.
(Calvo González, 1998: 196)

O el cuentecillo manchego:

Era uno que iba con un perro atao, y le preguntó el amigo que dónde iba con el perro. Dice:

—A ahorcarlo.

Y entonces le contestó el otro:

—Pues no lo ahorques, cásalo (que es lo mismo).

(Jiménez Montalvo, 2006: 229 y 971)³

Aunque no sea este el lugar más adecuado para profundizar en el tópico, el accidentado y decepcionante viaje “por todo el mundo” del bandido salvadoreño en busca de alguna mujer que considerase adecuada para él (a algunas las rechaza por feas, a otras por malvadas, promiscuas, celosas, deslenguadas...) se inscribe dentro de una viejísima tradición narrativa de diatribas e invectivas misóginas contra las mujeres y sus presuntos defectos que tiene una difusión prácticamente universal. Su adherencia al ciclo leyendístico de El Partideño viene, sin duda, del mundo del cuento tradicional. En alguna ocasión futura espero profundizar más en la cuestión.

El caso es que, pese a lo que insiste en aseverar en su parlamento el imaginativo informante, don José Casimiro Díaz Morales, que insiste en que él conoció personalmente al bandido, el fabuloso Partideño de este relato salvadoreño tiene menos ligazón aparente con la historia y con la realidad de su comunidad que el Tono Camila de los relatos guatemaltecos que conocimos antes, cuyas andanzas estaban adornadas y corroboradas por marcas de espacio y tiempo y por detalles de crudo realismo ciertamente más convincentes (aunque no por ello sean necesariamente más ciertas) que las que han quedado fijadas sobre El Partideño.

³ Sobre las fuentes, paralelos y tradición de este cuento, véase Fradejas Lebrero: 41-46 y 311-321.

De hecho, El Partideño funciona, en amplias zonas de El Salvador, como un auténtico y polisémico personaje mítico y folclórico que ha trascendido algunas estrechas fronteras locales; que es citado en la *Wikipedia* como gloria del folclor nacional salvadoreño; que ha dado pie a reelaboraciones literarias, entre las que se cuenta una novela de Sergio Ovidio García que lleva por título *El Partideño* (1995), y que en el vecino departamento guatemalteco de Jutiapa se ha convertido también en personaje esencial, tardío y postizo de algunas muy tradicionales y arraigadas representaciones parateatrales populares: “Una de las principales costumbres es el Baile de los Moros, el cual lo realizan todos los años para Semana Santa y relatan las batallas sostenidas entre Cristianos y Bárbaros, este últimos bajo el mando del Cuto Partideño”.⁴ Nada menos.

El muy inestable y sincrético perfil del bandido salvadoreño tan pronto recuerda, como ya se apuntó, al de su escurridizo, justiciero, melancólico y fielmente enamorado primo norteamericano El Zorro (criatura de ficción ideada en 1919 por Johnston McCulley, cuyos rasgos han influido desde entonces en las representaciones populares de los bandidos de Centroamérica), como se asemeja al de su célebre paralelo mexicano Chucho el Roto, quien vivió, robó, fue fiel y desgraciado en amores y resultó ajusticiado en la segunda mitad del siglo XIX, o al mítico e intemporal Güegüense o Macho Ratón, cuyas astucias e intrigas siguen siendo hoy objeto de representaciones parateatrales que se han convertido en marca de identidad en Nicaragua.

De las aventuras de El Partideño se hacen eco también, y cada vez en mayor medida, las páginas de internet, lo que contribuirá sin duda, dada la tendencia que tiene este soporte, a la multiplicación clónica y a la imposición de sus discursos, y a que en el futuro queden fijadas y gocen de privilegio las versiones que mejor se posicionen dentro de la jungla internáutica. He aquí lo que dice

⁴ Véase *Mi Jutiapa.com*: <http://www.mijutiapa.com/zapotitlan/>.

acerca de él una página *web* especialmente inclinada a subrayar el lado romántico de su biografía:

Era un bandido generoso que robaba a los potentados y a los usureros para favorecer a los más necesitados, el equivalente salvadoreño de aquel Robin Hood inglés.

Si es que realmente existió, vivió a finales del siglo XIX y se le conoció como El Partideño. Al deseo justiciero se le añade el de venganza, surgido por humillaciones sentimentales recibidas. Era un joven trabajador que se casó con una muchacha, la que a su vez es requerida por don Luis, un acomodado pueblerino. Este decide secuestrar a la recién casada en su fiesta de bodas, cosas que logra con la ayuda de sus parciales.

Naturalmente, el burlador huye con su presa a fin de escapar del afrontado marido. Este localizó —en un pueblo lejano— al afrentoso enemigo en casa del padre. Sigilosamente entró al aposento y se escondió, y con el puñal en mano lo mató, pero don Luis no durmió esa noche allí, sino que fue su padre quien fue la víctima mortal e inocente del vengador.

Derrumbado moralmente, El Partideño dejó sus labores y se convirtió en prófugo de la ley y dirigente de un partido de perversos, que operaba en el oriente del país. Entre tanto don Luis vivió a salto de mata, evadiendo al vengador. Se sabía que no lo acompañaba la mujer de la discordia.

La gira ladronesca hizo aparecer al personaje aquí y allá. Así pasó muchos años, vagando por riscos y montañas como salteador de caminos, quizá con la esperanza ya extinta de hallar al hombre que tanto odiaba.

En sus correrías, supo El Partideño que, esperado con pompa y boato, venía hacia San Miguel un nuevo gobernador, nombrado por la Real Audiencia de Guatemala. El Partideño asaltó al cortejo y dio muerte al comisionado y a sus acompañantes. Los suplantó con su propia persona y las de algunos bandidos.

En San Miguel percibieron la rusticidad y falta de hidalguía de los recién llegados, pero los acogieron con la solemnidad del caso.

De manera especial, el supuesto gobernador abrazó y estrechó la mano del cura por mucho rato y pidió a todos que lo dejaran solo con aquel sospechoso prelado. Puñal en mano lo obligó a

confesar las peripecias de su vida, entre las cuales no faltó el abominable rapto de la desposada. ¡El cura era don Luis! Arrepentido y decadente, la suprema pregunta del Partideño tuvo una insólita respuesta: la joven violada por su raptor se ahorcó al día siguiente de la ofensa.

En el momento más crucial de su vida, El Partideño se quitó el disfraz de gobernador y el cura se desmayó. El vengador tardío guardó su puñal.

—Te perdono la vida para que Dios me perdone —dijo.

Luego se entregó a la justicia. Poco después fue ahorcado en la plaza de San Miguel.⁵

Este relato tan sofisticado, tan novelescamente romántico, con brillos que parecen hasta cinematográficos (algunos de sus lances evocan a los que el cómic y el cine han atribuido a otros bandidos buenos y melancólicamente enamorados, como El Zorro o Chuchito el Roto) parece, en principio, muy alejado del relato puramente oral que sobre El Partideño comunicó don José Casimiro Díaz Morales en una versión que conocimos páginas atrás.

Sin embargo, algunas semejanzas, ligeras pero muy llamativas, entre ambos, parecen remitir a un posible prototipo común en el que estarían presentes los motivos del carácter esencialmente generoso y justiciero del héroe, el de su elevada condición social (el relato de Díaz Morales le atribuía la condición de “hombre de ciencias, un hombre de esperanzas, un hombre que todo lo llevaba en regla”, y de “intelectual”, no lo olvidemos), el de su perpetuo deambular romántico (en busca de una esposa que no encuentra en el primer relato o en busca del violador de una amada a la que nunca recupera en el segundo), y el de su melancólica decisión final de entregarse, cuando se ve obligado a reconocer el fracaso de su vida amorosa y sexual, pudiendo sin duda librarse de la ejecución, a la mano del verdugo.

⁵ La nota anónima se titula: “¿Has escuchado hablar de El Partideño de oriente?”. Véase la Bibliografía.

Otra leyenda de las que son hoy accesibles a través de internet sobre El Partideño es una que se declara tradicional en el municipio de Jerez, departamento de Jutiapa, Guatemala (el mismo en el que campeaba el Tono Camila que conocimos páginas atrás), y en algunos lugares situados al otro lado de la cercana frontera con El Salvador. Para nuestro asombro, el marco temporal de este relato es la lejana época colonial. De nuevo se nos aparece El Partideño como un bandido generoso y justiciero que arrastra desde joven un desdichado trauma matrimonial, aunque en esta versión no es él el ejecutado, sino el ejecutor de su incansable perseguidor. A la vista de este relato, habrá que tomarse absolutamente en serio la posibilidad de que el perfil de algunos bandidos folclóricos de la América hispana haya sido moldeado bajo la influencia literaria, o más bien cinematográfica, del famosísimo Zorro que alumbró Johnston McCulley en 1919, el cual debió de tener también alguna deuda con el mexicano y enamorado más Chuchito el Roto:

Algo que podríamos llamar leyenda jerezana o de Jerez, es la del Partideño. Nuestras abuelas jerezanas y la mía propia hablaban del Partideño como de algo muy conocido y familiar de los habitantes del lugar, así como de Atescatempa, de Chalchuapa y San Isidro, de la vecina y hermana república de El Salvador.

Era la historia en parte auténtica y en parte legendaria, de un hombre llamado, en términos que acaso no correspondan a la realidad histórica, bandolero, con mezcla de pirata por sus relaciones con estos, que asolaban los mares en tiempos del dominio español, que se colocó fuera de la ley sin quererlo él mismo, debido al tratamiento injusto y despótico que recibió del corregidor de aquel entonces, con motivo de haberse enamorado El Partideño de una hija del corregidor, llamada creo que Matilde.

El Partideño, siendo aún muy joven, conoció a la hija del poderoso representante de la autoridad peninsular, y tanto ella como él formaron un bello romance amoroso que fue de la total desaprobación del corregidor. Al darse cuenta este de las relaciones sentimentales y puras del intruso joven, que le era antipático, dio órdenes a la soldadesca bajo su mando para que lo persiguieran

por todas partes y lo llevaran prisionero, con el propósito de ejecutarlo sin ninguna formalidad como era costumbre. El prisionero se le fugó a su opresor una y otra de las veces que fue capturado, y al final de cuentas decidió convertirse en partideño o jefe de banda de hombres armados y fuera de la ley, como se les llamaba entonces.

El Partideño, injustamente perseguido, logró emboscar al corregidor en algún lugar de su corregimiento y lo ejecutó mediante su ley y la razón de la fuerza. Desde entonces comenzó a deambular por toda la anchura de las provincias centroamericanas limítrofes con el mar Pacífico.

Su acción permanente, y aplaudida por todos sus compatriotas, era la de asaltar todas las recuas o transportes de mulas que llevaban el oro y los tesoros que los mandarines provinciales enviaban forzosamente al rey de España, por medio de galeones surtos en la bahía de Fonseca y navegantes por todo el Pacífico, en donde acechaban los piratas famosos de entonces, aliados y coludidos aquí en el continente con El Partideño. De esa cuenta, los piratas robaban los tesoros adentro del mar y El Partideño robaba el oro y la plata que viajaban entre las capitales de provincia y Fonseca.

Aparece, entonces, de nuevo, Jerez en el escenario de la existencia trágica y tremenda de El Partideño. Para esconder y guardar en lugar seguro e inaccesible las riquezas mal habidas que arrebató al rey de España en su tránsito, El Partideño escogió la legendaria Cueva del Partideño, la cual, según la creencia de los ancianos de varias generaciones de Jerez, se halla en una de las cumbres más intrincadas e inaccesibles del volcán Chingo, guardián milenario de los habitantes de Jerez, Atescatempa y Chalchuapa.

La leyenda dice que, en una y otra de las paredes rocosas de la enorme cueva, con piso de lajas finas a manera de los ladrillos modernos, se hallan todavía unas grandes argollas de hierro empuñadas en la roca, las cuales evidentemente servían para tender la hamaca en donde descansaba y dormía el valeroso Partideño.

De acuerdo con [la] creencia centenaria, aún en la actualidad permanecen escondidos e intactos, en las profundidades oscuras de la Cueva del Partideño, los cofres de armellas y aldabas de los piratas y partideños que guardan la aurífera y argétea maravilla de las bambas y la rutilante pedrería de las joyas que los invasores

hispanos robaban a su vez a los príncipes, princesas y grandes señores y caballeros indígenas de Iximché, Tulán, Xilbalbá y Guimarcaj (Reyes Mazariegos, s.f.).⁶

Tópico conocidísimo, universal, el de las cuevas rebosantes de tesoros, desde el escondrijo de los ladrones de Alí Babá en *Las mil y una noches* orientales o la caverna del dragón Fafnir en la saga germánica de Sigfrido. Y motivo, el de la cueva que albergaba el botín de El Partideño, sobre el que abundan otras leyendas que no desmerecen de las que acabamos de mencionar. He aquí tres más:

[1] En una caída de agua que forma una pila de 20 por 10 y 5 metros de profundidad, en el pie del salto, se encuentra una cueva del Cuto Partideño, con un diámetro de 1.50 metros. El Cuto Partideño era un conocido ladrón que habitó esa cueva. Se cuenta que existe en ella un hombrecillo con un acial con el que golpea a las personas que se introducen en las cuevas, y que existen dos argollas de oro puro donde amarraba su hamaca El Cuto Partideño. El lugar se encuentra entre los límites de los cantones Guascota y Lomas de Alarcón, el primero perteneciente al municipio de San Lorenzo y el segundo al municipio de Atiquizaya.⁷

[2] Carlos Reynosa, de 64 años, comenta que desde pequeño oyó hablar a su padre del Hoyo Zumbador. Le contaba que hace mucho tiempo existió un hombre llamado Cuto Partideño, el que supuestamente cavó una serie de túneles que unían poblaciones de occidente, como Concepción de Ataco y Tacuba. La leyenda dice que el Partideño los usaba para enterrar el botín de sus robos en Guatemala y otros asentamientos.

Conocía muy bien las galerías, de manera que, al pasar por los cantones, robaba a sus anchas y nadie sabía dónde se metía. Se dice que este hombre escribía sobre las paredes y hacía marcas con los fierros que sirven para identificar el ganado. El Hoyo Zumbador

⁶ El fragmento de internet está tomado de la obra *Ensayo monográfico de Jalpatagua*.

⁷ Véase *El Salvador. Atiquizaya*. <http://www.elsalvadoroea.org/atiquizaya.html>.

está unido con la barranca El Pital, cerca del cantón Santa Cruz. Debe su nombre al ruido que sale de su interior.

Hoy en día, las tormentas y crecidas de las quebradas que rodean el sitio lo han soterrado. Sólo una de sus paredes está descubierta, pero nadie se anima a pararse ahí, ni en el borde, porque el suelo es arenoso e inestable.

Hace más de cincuenta años, los profesores de la primera escuela que funcionó en este cantón se metieron al hueco, pero sólo uno pudo llegar al fondo. Se dice que entró a eso de las ocho de la mañana y salió a las cinco de la tarde del mismo día, pero no pudo hablar sino al día siguiente.

Otra historia cuenta que, cuando un hombre caminaba de noche por el lugar, vio una luz que salía [de] dentro del agujero y se asomó para ver de qué se trataba. Vio a un hombre sentado en la orilla pero no pudo ver su cara, nada más vio el brillo que salía de su boca (Velásquez, 2003: s.p.).

[3] Hay una leyenda que sierta, que existe la cueba del Cuto Partideño. Ayí el que caye, el que caye por descuido en esa cueba, no sale, que hay un...

Está canalizado, ba, pues, uno puede brincar; pero, si uno brinca más, se ba en el chorrerón, se ba a meter, ba a caer a la cueba del Cuto Partideño, porque solo el pudo o tubo la suerte de salir de ayí parayá; la misma corriente lo arrastra pa delante y por eso es que quedó esa historia de la cueba del Cuto Partideño de Juayúa (Flores Vázquez, 2003: 267-268).⁸

Que la inventiva literaria oral es prodigiosa, que las historias acerca de bandidos funcionan como imanes que atraen todo tipo de adherencias ficticias y de motivos intercambiables, y que las tradiciones de Centroamérica son particularmente propensas a insistir en este tipo de fabulaciones, lo prueba esta entrada, firmada por Luis Humberto Peñate Orantes y fechada el 29 de octubre de 2010, de un *blog* que declara sospechas verdaderamente impresio-

⁸ Véanse las breves menciones a la leyenda de bandido generoso y justiciero y a las cuevas de El Cuto Partideño, en Martínez Barraza, 2009: 22.

nantes acerca de El Partideño, ya que le pone en relación de alter ego (de nuevo la sombra literaria y cinematográfica de El Zorro y de su doble y aristocrática personalidad planea sobre el relato) con el doctor Prudencio Alfaro, líder opositor salvadoreño al que se atribuyó la autoría intelectual del asesinato del presidente de la República, el doctor Manuel Enrique Araujo, en 1913:

Con relación a ese trabajo serio sobre el asesinato del doctor Manuel Enrique Araujo, se desprenden algunos relatos antiguos que lindan con la leyenda.

El doctor Prudencio Alfaro llevó una vida a salto de mata, sin ideología definida y siempre en contra de los gobiernos de turno. Fue objeto de muchas emboscadas y siempre lograba escapar ileso, por lo que le atribuían poderes satánicos o pactos con el diablo. ¿Fue el doctor Alfaro El Cuto Partideño?

Desde muy pequeño conocí el miedo que me infundían los mayores con la amenaza del Cuto Partideño. Según contaban los mayores de aquellos tiempos, el personaje era una especie de Chuchito el Roto salvadoreño, con la variante de que el nuestro se internaba mucho en los barrancos y pernoctaba en cuevas. Era un aplicador de justicia a lo Llanero Solitario y un ladrón bueno a lo Robin Hood. Se decía que robaba a los ricos para ayudar a los pobres y que toda la pobrería lo amaba y que los potentados le odiaban.

En una ocasión, un hacendado montado en su caballo le arrebató la novia a un joven saliendo de la iglesia, y aún no terminaba la conmoción por el suceso cuando se apareció otro jinete con la misma novia para devolvérsela a su legítimo esposo, y les ofreció una propiedad llamada La Soledad para guarecerse del peligro que entrañaba estar en contra de los caprichos de terrateniente robanovias.

El Cuto Partideño debe su nombre al hecho de que, estando enamorado de una joven de nombre Soledad, el padre de la misma se opuso a esa relación. Desesperado por demostrar que no había ley que le privara de ese derecho, mostró una serie de articulados, conocidos en ese tiempo como partidas. Por esa razón la gente comenzó a llamarle Partideño.

Por la forma de vida del doctor Prudencio Alfaro y por su habilidad para sortear el peligro, la gente comenzó a pensar que El

Cuto Partideño era el mismo doctor Alfaro, y aún hasta nuestros días hay muchos que opinan lo mismo, como una señora de apellido Paniagua, que dice haber conocido al doctor Prudencio Alfaro, sostiene que es el mismo Cuto Partideño.

La hacienda La Soledad, como el beneficio El Carmen, fue propiedad del doctor Alfaro, y para colmo se le implica en el magnicidio, que no tenía razón de ser, porque según crónicas de la época era un buen ciudadano presidente el doctor Araujo. No había descontento popular y le faltaba poco tiempo para entregar la presidencia. Por lo tanto, uno no se explica los móviles que impulsaron a este crimen.

Sambo Sambito, bandido de La Paz, Bolivia

Es hora ya de que nos apartemos de El Cuto Partideño, cuyas andanzas y metamorfosis precisarían sin duda una gruesa monografía para quedar cumplidamente registradas e interpretadas. Y de que hagamos algunas reflexiones adicionales, en las que recibiremos el auxilio de otros relatos de bandidos americanos, acerca de los dos polos contrapuestos entre los que se han movido los relatos que hemos ido conociendo: el mito (o si se quiere, la leyenda y el cuento) y la historia —la ficción y la realidad.

Insistamos, una vez más, en que la mayoría de los motivos narrativos y folclóricos que hemos visto solaparse sobre las figuras, en sus orígenes presumiblemente históricas, del bandido guatemalteco Tono Camila y del salvadoreño-guatemalteco Cuto Partideño son de tradición folclórica muy vieja y pluricultural, según nos confirmarán muchos otros relatos orales que han sido registrados en otros lugares de América y del mundo.

Dos breves narraciones folclóricas bolivianas, una sobre una cueva que sirve de depósito de un fabuloso botín, y otra sobre otra cueva en la que las andanzas del bandido se asoman a un horizonte nuevo hasta aquí para nosotros (el hallazgo de una imagen de la Virgen y la intervención auxiliar de una dama misteriosa, que podría ser también la Virgen) ponen contrapuntos insólitos a lo hasta aquí dicho. Y tienden lazos igualmente signi-

ficativos hacia leyendas que ya hemos conocido, porque sabemos ya que en la particular mitología que rodeaba al Partideño salvadoreño ocupaba un lugar también de relieve la cueva llena de tesoros y de rastros de una actividad que todavía hoy se asocia a su figura.

El primer relato boliviano que vamos a conocer está protagonizado por Sambo Sambito, o Sambo Zambito, o Zambo Zambito, bandido del área de La Paz del que enseguida ofreceremos más informaciones. El segundo relato sigue los pasos de un bandido innominado de la región de Oruro, aunque la leyenda haya sido registrada en La Paz:

[1] *El ladrón pongo*

Es la historia del Sambo Sambito, que era un pongo, y mató a su amo y se escapó y se hizo el ladrón más peligroso robando a familias adineradas de La Paz, y sus riquezas las guardaba en las cuevas pequeñas hacia los Yungas. Y lo que ganaba les daba a los pobres. Hasta ahora muchos buscan esas joyas y recorren las cuevas. Algunos tal vez hayan encontrado algo, pero su leyenda perdurará (Mihara, s.f.: 153).

[2] Un ladrón que acababa de robar era perseguido por los alrededores de la ciudad de Oruro. El ladrón estaba muy herido, y al escapar se desangraba cada vez más. Y al tratar de socorrerse, se escondió en una mina abandonada donde encontró una Virgen. El ladrón estaba en la cueva, donde se puso muy mal, y después de que el ladrón se desmayó, una mujer lo llevó a un hospital donde murió, pero pidió que se le encendieran velas a la Virgen. Ahora la Virgen permanece en la pared del Socavón, y no se la puede cambiar de lugar, porque si esto, para causar desgracias en la ciudad (Mihara, s.f.: 238).

Estos dos relatos tradicionales registrados en la zona de La Paz se hallan atravesados de ingredientes marcadamente legendarios: una cueva rebosante de tesoros que todo el mundo busca encontrar, el hallazgo de una talla de la Virgen dentro de tal cueva, la inter-

vención benefactora de una dama prodigiosa que ayuda al bandido a bien morir, la resistencia de la imagen de la Virgen a ser trasladada de lugar, su valor protector del lugar... Ante tal amalgama de motivos mítico-folclóricos, los rasgos de realismo y las marcas de verosimilitud que suelen adornar muchas narraciones protagonizadas por bandidos quedan, en estos casos al menos, casi por completo sofocadas.

No es el momento este de explorar los antecedentes y paralelos folclóricos de todos y cada uno de estos tópicos narrativos. Sí se puede subrayar que algunos de ellos encuentran paralelos en muchos otros lugares. De hecho, la boliviana Virgen del Socavón de Oruro es prima cercanísima de innumerables Vírgenes de la Cueva, a veces llamadas también de Sub Petram, Sopedram o Sopedrán, que son veneradas en España y en muchos otros lugares. Son además incuestionables las raíces míticas e internacionales del tópico de la talla sagrada a la que “no se la puede cambiar de lugar” para no “causar desgracias en la ciudad”. Entre los paralelos innumerables que podríamos traer a colación puede resultar bien revelador el antiquísimo mito grecolatino de Admete y de la traslación de la imagen talismánica de la diosa Hera, que ha sido resumido de esta manera:

Admete estuvo en funciones de sacerdotisa durante cincuenta y ocho años. Pero al morir su padre tuvo que huir de Argos y se refugió en Samos, llevándose la imagen de la diosa, confiada a sus cuidados. En Samos encontró un antiquísimo santuario, de Hera, fundado en otros tiempos por los léleges y las ninfas. Allí depositó la estatua.

Mientras tanto, los argivos, inquietos por la desaparición de la imagen, encargaron a unos piratas tirrenos que saliesen en su busca. Esperaban también que los de Samos harían a Admete responsable de la conservación de la imagen y la castigarían si era robada. Como el templo de Samos no tenía puertas, a los piratas les fue muy fácil apoderarse de la estatua; pero al intentar hacerse a la vela, les resultó imposible poner el barco en movimiento. Comprendieron, pues, que la diosa quería quedarse en Samos. Así, depositaron la sagrada imagen en la orilla, y le ofrecieron un sa-

crificio. Admete, que se había dado cuenta de la desaparición de la imagen, alarmó a los habitantes, los cuales se pusieron a buscarla por todas partes. Acabaron encontrándola, abandonada, en la playa, pues los piratas habían partido. Imaginando entonces que la diosa había ido allí por sí misma, la ataron con tiras de mimbre. Al llegar Admete la desató, la purificó y volvió a consagrarla, pues había sido mancillada por el contacto de manos humanas; luego la restituyó al templo. En recuerdo de ello, todos los años los habitantes de Samos celebraban una fiesta, durante la cual se llevaba la estatua de Hera a la playa, se volvía a consagrar y recibía ofrendas.

Pausanias atribuye el traslado de la Hera argiva desde Argos a Samos, no a Admete, sino a los Argonautas (Grimal, *s.v.* "Admete").

Pero retornemos al Sambo Sambito de la primera leyenda boliviana que hemos conocido y asomémonos a una versión que circula por internet de su biografía (aunque quizás fuera mejor decir de su leyenda), a mitad de camino entre la frágil tradición oral de la que emana y la vigencia acaso imprescriptible que le garantiza el que haya logrado subirse al Arca de Noé de internet, de la moderna sociedad globalizada, de las nuevas o renovadas identidades moldeadas conforme a los intereses económicos y turísticos de hoy:

El gran ladrón

Salvador Sea nació en 1838 en Chicaloma y era hijo de Zacarías y Rosa, dos esclavos de una hacienda yungueña. A los siete años, Salvador fue testigo de cómo el capataz flagelaba hasta la muerte a su padre, acusado de haber robado dos cestos de coca. Sin poder enterrar el cadáver del esposo, Rosa decidió huir de la hacienda rumbo a la ciudad llevando de la mano al pequeño Salvador. Cuando llegaron a La Paz, se instalaron en el tambo San José de la Ch'appi Calle, conocida en esa época como zona de Chocota, actual calle Illampu. Rosa se empleó como ayudante de cocina de una vendedora de comida y trabajaba duramente mientras Salvador crecía libre de todo control, haciendo amistad con los niños aymaras, hijos de las vendedoras. El niño pronto se aburrió de la

escuela y, sin que su madre pudiera disciplinarlo, decidió abandonarla.

Un día Salvador descubrió que en el tambo había otra mujer de raza negra. Rosa, ansiosa por hacer amistad, se acercó a la habitación donde la Negra Norma, como era conocida por todos, preparaba y vendía brujerías. La mujer, que era tan aborrecida como temida, sintió simpatía por la desamparada mujer y su hijo y le propuso un cobijo en su casa y un sueldo a cambio de ayuda con la tienda y las labores de la casa. Rosa, que con su actual empleadora tenía solo la comida y el techo, aceptó gustosa.

Mientras tanto el hijo hacía travesuras por las calles y plazas y estaba tan ambientado en la ciudad que parecía haber nacido en ella.

Rosa, para reforzar su magra economía, además de trabajar con la Negra Norma, también lavaba ropa en algunas casas de la vecindad. El trabajo duro terminó de minar su salud y, enferma de pulmonía, murió al poco tiempo. Salvador quedó a cargo de la Negra Norma, quien le transmitió todo el resentimiento que tenía para aquellos que no eran de su raza: “Hay que odiar a estos *mistis* (mestizos)” le repetía, “hay que odiar a los blancos porque nos han esclavizado, nunca olvides que el patrón de Chicaloma es blanco y ha matado a tu padre a latigazos, igual que ese *misti* del capataz Pompeyo”. El niño absorbía el odio como una esponja. Fue en esa época que la Negra Norma lo bautizó como Salvito.

Cuando Salvito era adolescente, la madre adoptiva le buscó un trabajo en la sastrería del barrio de Caja del Agua. El sastre era un buen hombre, pero muy avaro. Su avaricia impresionó tanto al que por entonces ya era apodado como Zambo Salvito, que éste resolvió tener dinero a cualquier precio. La Negra Norma, cada vez más cansada, ganaba apenas unos centavos merced a la competencia que se había abierto en su misma calle. Una noche, Salvito la escuchó quejarse de que no tenía hilos para remendar la ropa. Al día siguiente, llegó con hilos, dedales, agujas y botones. Cuando la madre le preguntó de dónde los había sacado, Salvito le contestó: “Me he hallado mamá Norma”. “Qué bien, hijo, siempre que te halles algo vas a traer a esta que es tu casa”, le respondió ella.

Al poco tiempo, el Zambo Salvito nuevamente “se halló” dos cortes de tela. Al darse cuenta de la pérdida, el sastre, seguro de que Salvito era el ladrón, se propuso hacerle confesar a punta

de *quimsa charani* (látigo nativo). Cuando el hombre comenzó a latiguelarlo, a la memoria del joven vino el recuerdo de su padre y sin pensarlo, clavó unas tijeras en el vientre del sastre, matándolo al instante. Junto al cadáver esperó la noche para llevarse las cosas de valor. Al llegar a su casa le contó a la Negra Norma lo sucedido y juntos planearon la coartada. Nadie sospechó del joven.

La Jalancha

A partir de allí, el Zambo Salvito se convirtió en un avezado ladrón y en poco tiempo formó una cuadrilla de cinco personas, convirtiendo a la ciudad en el escenario de sus fechorías. De vender el producto de los robos se encargaba la Negra Norma. Meses después, y teniendo a la policía sobre su pista, el Zambo y su banda decidieron trasladarse a la encrucijada del camino a Yungas denominado La Jalancha, paso obligado de arrieros y viajeros que transportaban mercaderías a los Yungas o traían a la ciudad café, coca, naranjas, etcétera. Los bandidos acechaban a los viajeros que se trasladaban en mulas y, después de violar a las mujeres, las decapitaban junto a sus maridos y robaban sus pertenencias.

La cueva estaba ubicada cerca de una laguna, el lugar ideal para deshacerse de los cadáveres, cuya ausencia comenzó a construir toda una leyenda en torno a la figura de Salvito. Se decía que era un brujo y un asesino, pero también que era el vengador de los esclavos y el amante apasionado de las mujeres del pueblo. Los rumores aseguraban que se enamoraban de él al punto de ofrendarle la vida. El Zambo dejó una prole numerosa en varias cholas que fueron sus amantes, pero nunca se casó. Audaz, decidido, duro y cruel, no perdonaba al hombre blanco o mestizo que se cruzaba en su camino. Dos años estuvo Salvito aterrorizando a quienes debían viajar a los Yungas; pese a las denuncias, la policía no podía llegar a su guarida porque la llamada Cueva de los Cinco Dedos tenía la forma de un castillo medieval con cinco torreonnes y era propicia para guarecer a los bandidos.

Cae el Zambo Salvito

Una noche de 1870, Joselito Umaña, uno de los miembros de la banda, fue apresado. La policía logró que delatara al Zambo, les

relatara las atrocidades que cometían y dónde se encontraban los cadáveres. Entre sus testimonios llamó la atención aquel sucedido cuando la banda asaltó el Convento de las Concepcionistas, en la calle del Teatro Municipal, actual calle Jenaro Sanjinés. Según Umaña, el “Tata” Mariano Melgarejo, entonces presidente de Bolivia, los había sorprendido, pero en lugar de detenerlos, les dijo: “Llévense todo lo que puedan, hijos, estas monjas tienen más plata que yo”. Así, los ladrones, en compañía de los soldados, trajinaron toda la noche en el convento robando hasta el azúcar de las religiosas.

Delatados, fue fácil llegar a los bandidos quienes fueron apresados y condenados al fusilamiento. El día de la ejecución casi toda la ciudad caminaba rumbo a la plazoleta de Caja de Agua, en busca de encontrar un buen sitio para ver el ajusticiamiento. Cusisiña Pata (Colina de la Alegría), un cuadrilátero de terreno rodeado de casuchas de adobe y sembradíos de papa, había sido escogido para el escenario del fusilamiento. A las 9:30 de la mañana, los condenados se dirigían al sitio de ejecución cuando repentinamente una mujer comenzó a gritar clamando por su hijo. Era la Negra Norma, quien, anciana, se lamentaba por la suerte de Salvito.

Como último deseo, el reo pidió “decir un secreto al oído a su madre”, que le fue concedido por el juez. “Acércate, mamá Norma”, le dijo el Zambo. Así lo hizo la mujer, cuando de pronto un grito de dolor estremeció el ambiente, mientras ella se cubría el lado izquierdo de la cara del cual chorreaba sangre. De los dientes del Zambo colgaba el pabellón de la oreja de su madre adoptiva: “Por tu culpa voy a la muerte. Tú me enseñaste a robar. Tú eres la culpable de mi desgracia, Negra Norma, y ya te he dado el castigo que merecía tu maldad”, le gritó el Zambo. Pocos minutos después, él y sus compinches caían fusilados. Así moría el ladrón y nacía la leyenda (con datos de Antonio Paredes Candia, Alcaldía Municipal de La Paz y *La Prensa*).

La guarida, hoy

—La cueva está ubicada cerca de la avenida Periférica, que colinda con Chapuma, justo al frente de la zona Alto Las Delicias. Está ubicada en la calle Federal.

—En este sector viven 80 familias aproximadamente.

—En 1992, durante la gestión del alcalde Julio Mantilla, se habilitó un museo donde se exhibían varios objetos pertenecientes al famoso ladrón.

—La artista Cristal Ostermann construyó una estatua rememorando al Zambo. De acuerdo a los vecinos, “alguien la hizo desaparecer”.

—El museo solo funcionó durante dos años, convirtiéndose luego en un refugio de antisociales y alcohólicos.

—Ahora, los vecinos de la zona Santa Rosa han elaborado un proyecto para la revitalización del museo.

—El proyecto propone, además, la readecuación del sector y la construcción de un mirador.

—De acuerdo a la Alcaldía, la ejecución del proyecto depende del financiamiento (Oblitas, 2007: s.p.).

Los motivos folclóricos que atraviesan toda esta biografía delinciente tienen más peso, sin duda, que los datos presuntamente reales e históricos, sobre cuya veracidad podemos albergar dudas más que justificadas. Entre los tópicos de cariz más fabuloso está el de la capacidad erótica portentosa del Zambo Sambito, tantas veces asociada a las leyendas de bandidos; o el de la muerte que el discípulo todavía adolescente da a su maestro, que encuentra paralelos muy significativos en la vida mítica de Heracles (quien dio la muerte a su maestro Lino) o en la de Sigfrido (quien también mató a su maestro Mime), entre tantos otros.

Habremos de fijarnos ahora sólo en uno de los motivos que en este informe asoman, y dejar los demás para alguna futura ocasión: la escena del bandido que, a un paso de su ejecución, reclama la presencia y arranca la oreja de su anciana madre, en represalia porque ella no puso coto a sus robos cuando él era niño.

Catorce versiones nada menos de tal relato, tomadas todas de la viva voz oral, publicó Yukihisa Mihara en su ya clásica colección de *Narrativas tradicionales del Departamento de La Paz*, que estamos usando como fuente de varios de nuestros relatos de bandidos bolivianos. Referidas algunas de ellas al Zambo Salvito o al Zambo Zambito, y otras a algún bandolero negro innominado o a

algún delincuente de los Yungas, tras cuyas sombras no deja de adivinarse el perfil del Zambo.

La relevancia de todos estos relatos es, como en seguida detallaremos, tan extraordinaria que vamos a reproducirlos aquí:

[1] Este era un muchacho pobre. No tenía padre, solo madre. Su madre trabajaba mucho para mantenerlo. Era una muy buena mujer y hacía todo lo posible por hacer que su hijo se sintiera bien. Creció hasta cierta edad e hizo amigos buenos, pero muchos de estos lo llevaron a robar. Él pensaba que esto era algo bueno, pues así podría ayudar al bienestar de él y de su madre. Comenzó tomando cosas pequeñas como agujas de algún sastre, algo de dinero, y siempre que llegaba a su casa dijo a su madre que eso había conseguido a cambio de algún trabajo o que se lo encontró. Poco a poco robó cosas más grandes y su madre nunca tenía interés al saber cómo las conseguía; pero en una ocasión unos policías lo atraparon junto a sus amigos. Cuando su madre fue a la cárcel a ver lo que hizo el hijo, le confesó todo y ella lloró, y cuando la madre le iba a dar un beso, este le mordió la oreja a su madre y le quitó un pedazo por jamás haberse preocupado de las cosas que hacía su hijo.

[2] Había una vez un negro que desde niño le gustaba robar. Iba a alguna casa y llevaba siempre algo a su casa. Su madre no le decía nada. Entonces pasó el tiempo y siguió robando hasta que un día lo pillaron y lo llevaron a la cárcel. Y cuando su madre lo fue a ver, él le dijo que se acercara, y la madre se acercó y el hijo le arrancó a la madre la oreja. Y dijo que se lo había hecho merecido, porque su madre no se lo decía nada cuando llevara algo a su casa. Me lo contó mi amiga.

[3] En la ciudad de La Paz, especialmente en Los Yungas, vivía un niño huérfano de padre, solo con su mamá. Era una mujer muy pobre la madre de este niño, por lo cual metió al niño a trabajar como ayudante del sastre del pueblo. El niño comenzó a trabajar y un día regresó a su casa llevando una aguja que había sacado del taller donde trabajaba. Su madre al verlo le preguntó de dónde había sacado esa aguja, y él dijo haberla encontrado. Ella sin

preguntar más la aceptó y le dijo que era bueno que él encontrase cosas para ayudar en la casa.

El niño, que no había sido reprendido, siguió sacando cosas de la sastrería, como botones, tijeras y telas. Llegó a robar dinero, por lo cual lo despidieron. Se escapó y ya de joven, con algunos hombres más, formó una banda de asaltantes del camino que, ocultándose en los montes, salían para robar y hurtar a los viajeros que en esas épocas llevaban toda su hora desde Los Yungas hacia la ciudad.

Y así fue pasando el tiempo, y que en día como niño robó una aguja se hizo en gran asaltante. Un día la policía logró arrestarlo y fue condenado a muerte. Su madre estaba ahí el día de la ejecución y lloraba por su hijo. Él, antes de morir, pidió hablar con su madre. Ella se acercó y él se aproximó a la oreja de ella, y con los dientes la arrancó y después le reclamó que si ella a su principio le hubiera reprendido cuando robó la aguja, él no habría llegado a eso. Lo fusilaron, y la madre quedó allí arrepentida por no haber sabido guiar bien a su hijo.

[4] Un niño que solo tenía madre un día tomó una aguja de su patrón, porque él trabajó desde pequeño. Comenzó tomando la aguja. Luego fueron cosas más grandes y de gran valor. Una vez su madre lo vio y solo le dijo que lo devolviera. Pero él solo aceptó lo dicho, pero no le hizo, y así siguió robando y escondiendo su botín en una cueva cercana en un cerro de ese lugar.

En la noche que iba a hacer su más grande robo fue apresado y condenado a la muerte. Su madre fue a verlo en la prisión. Pero el hijo le dijo que fue culpa de ella lo que él hubiera seguido ese camino, que si le hubiera dado un escarmiento él no habría sido así, y le mordió en su cuello al darle su último abrazo. Ahora se dice que sobre esta ciudad, en uno de sus barrios, él sigue andando por las noches buscando a su madre y se queda la cueva donde está todo el botín.

[5] Dícese de un muchacho negro que vivía en la localidad de Los Yungas de la Paz. Un día, de muy pequeño, él mostró a su mamá un botón donde le dijo que se lo había encontrado en el camino. Pero un tiempo después vino con un prendedor y dijo a su mamá que se lo había encontrado, y ella lo felicitó muy alegremente.

Pasaron los días y trajo consigo un bello reloj, donde nuevamente la madre dijo pasar el incidente. Con el tiempo el muchacho comenzó a llegar con televisores, radios y artefactos de mucho valor y la madre siguió sin darse cuenta de los errores que cometía su hijo. Un día él y sus amigos escapaban de la policía por tantos delitos que cometieron y se escondieron en una cueva al norte de Los Yungas, pero lograron atraparlo y lo encarcelaron y lo condenaron a muerte.

Su último deseo del joven fue ver por última vez a su madre, y la vio y, al darle el beso de despedida, le arrancó una oreja y le dijo: "Por tu culpa estoy aquí: cuando era pequeño, en vez de regañarme me felicistaste cuando traje algo de valor a la casa, y ahora estoy por morir".

Y así terminaron las obras del famoso Salvo Salvito, dejando una lección para todos los padres e hijos de Bolivia.

[6] Una familia yungueña muy pobre vivía en una humilde casa. Pero el padre murió y solo quedaron la madre y su hijo Martín. Esta mujer era muy trabajadora y siempre le decía a Martín que fuera honrado y no robara nada.

Un día, en la casa de un amigo suyo, vio caer una aguja, pero su amigo no se dio cuenta de esto. Entonces, Martín rápidamente se alzó y no se lo contó a su mamá. Al día siguiente, en la escuela, alzó un lápiz. Al día siguiente un cuaderno, libros, etcétera.

Martín ya creció y se convirtió en un famoso atracador y contrabandista.

Una familia de la Paz salió de vacaciones hacia Los Yungas. Como ya era tarde y estaba oscureciendo, decidieron parar. En ese momento, Martín los vio desde su cueva, donde ocultaba todo lo que había robado, y decidió bajar para poder robar a esa familia. El padre hizo todo para defenderse a su familia, pero Martín tenía cómplices y los mataron a todos y robaron el equipaje, su auto y todo lo de valor. Pero escapó su perro, que vino a La Paz. Y este lloraba por la pérdida de sus amos.

Luego de un tiempo, un amigo de esa familia vio que no regresaba y decidió llamar a la policía, y fueron a la casa y solo estaba el perro llorando. Pero trataba de llevarlos y decidieron seguir al perrito, y los llevó hasta la cueva de Martín y lo atraparon.

A Martín lo llevaron al pueblo y de la multitud salió llorando la madre y le dijo: “¿Por qué robaste, hijo?”. Martín, llenó de ira, y mordió la oreja de su madre hasta arrancarla. Al final mataron a Martín.

[7] Dice que una vez había un niño que vivía en Los Yungas bolivianos. Este niño tenía su mamá, que era muy trabajadora, y un día el niño, como no tenía quien lo controlara, fue a robar a la tienda del pueblo y robó una aguja. Su madre no le dijo nada, y día tras día fue robando más caballos, gallinas, vacas y demás animales. El niño creció. Así con el tiempo, empezó a matar y asaltar. Él tenía su casa en las montañas, en una cueva que estaba situada en el camino a Los Yungas. Él bajaba de su cueva e iba a robar y asaltar a los que pasaban. Por ese camino a Los Yungas, todos los vendedores o comerciantes que pasaban y les robaba, y también a las familias que pasaban por ese lugar las asaltaba, y todo siguió así.

Pasaban los años y lo agarraron a él, y un día de su ejecución, su último deseo fue hablar con su madre y le dijo: “¿Por qué de niño no me reprendiste, cuando traje esa aguja? Ahora por tu culpa me van a colgar”. Y al besarle, de un modrisco le sacó la oreja. Me contó este cuento mi papá y mi tío.

[8] Dice que había una vez un negro que se robaba cosas de sus compañeros, hasta que un día le pescó su mamá y le dijo: “Hijo, nosotros somos pobres, yo creo que debes robar para vivir”. Pero este hijo robaba cosas de sus compañeros. Cuando ya pasó tiempo, este hijo ya tenía 28 años de edad, pero este asaltaba a la gente y los mataba. Hasta que un día le pescó la policía y este fue preso. Y cadena perpetua la habían dado de castigo. Entonces su mamá fue a verlo y él estaba ahí y le dijo: “Madre, tú me dijiste que robara desde pequeño. Ahora mira las consecuencias”. Y su mamá lloró, lloró hasta que le dio un infarto.

[9] Esta historia tiene su origen en Los Yungas de Bolivia. Cuenta la historia de una familia formada por la madre y el hijo. El hijo de pequeño acostumbraba a traer a su casa objetos de su colegio y de todas las partes donde iba. Llevaba siempre libros, juguetes y todas las cosas que le gustaba. Su madre, como veía que con las

cosas que traía tenía manos, gustaba porque ya no tenía que comprar las cosas que traía.

Así fue creciendo el niño. Poco a poco sus manías iban aumentando, y cada vez traía cosas de más valor. Hasta que la policía lo agarró robando una cosa ajena. Este fue a pasar a la cárcel.

En la cárcel su madre lo fue a visitar y le dijo: "Hijo mío, ¿por qué hiciste esto?". Y el muchacho le pidió que se acercara para hablarlo al oído. La madre se acercó. El muchacho con toda la rabia le mordió la oreja y le dijo: "¿Acaso todo esto no es culpa tuya? Si tú me hubieras reñido la primera vez que traje algo ajeno, no me hubiera ocurrido esto".

[10] Se trataba de un niño originario de Los Yungas que vivían humildemente con su mamá. Él iba a la escuela y llegó a su casa con un alfiler diciéndole a su madre que lo había encontrado. Así transcurrió el tiempo, y seguía llevando cosas a su casa y su madre no le reprendía. Él robaba a sus amigos y personas, y tenía un túnel escondido por donde se escondía y no lo atrapaban. Hasta que le pescaron y lo metieron a la cárcel.

Y su madre lo iba a visitar y este le pidió a la madre que se acercara a besarlo. Y al besarlo, él mordió y arrancarle la oreja a la madre.

[11] Se dice que era un niño de 10 años que vivía con su madre. Ellos eran muy pobres. Él salía a jugar con sus amigos; después de las seis de la tarde volvía a su casa con algún objeto, y la primera vez era una aguja, luego un dedal, después un hilo, luego una tijera. Y este niño le decía a su madre que cada cosa se la había encontrado. Y su madre le recibía con alegría todos los objetos que el niño le llevaba, diciendo: "¡Ay, hijito, qué vivo que te has encontrado! Ahora ya he tenido mi costurero completo". La madre nunca le reprendía; se había encontrado el objeto, solo lo recibía.

De ese modo, se hizo un ladrón famoso por el pueblo de Coroico, por Las Apachetas y por las cordilleras. De ese modo, un día lo prendieron, condenándolo a la horca por tan grandes delitos que él cometió durante su vida.

Y en el momento de su muerte, él quería decir unas palabras antes de morir, y dijo: "Maldigo a mi madre por haberme dicho nada, cuando llevé la primera aguja. ¡Maldigo la hora en que nací!".

[12] Zambo Salvito era un chico que le gustaba robar. Cuando se hizo grande, cavó túneles para robar y asaltar en las noches. Muchos fueron asaltados y matados. Los huesos se dejaron ahí en la cumbre en Villa la Merced y cerca a la ciudad del niño. Robó aretes, joyas, anillos, collares. Capturaron a su amigo, que era un indio maldito que al que robaba lo mataba. Cuando capturaron a Zambo Salvito lo declararon a pena de muerte.

En el calabozo, su madre vino llorando y su hijo le dijo: "Madre, ¿por qué no me pegaste cuando yo robaba las cosas primero? Ahora mira, me han sentenciado a muerte". Al besarle su mamá a su hijo, el hijo le arrancó su oreja a su madre y Zambo Salvito murió. Él era el ladrón que robaba día y noche.

[13] Cuando Zambo Zambito era pequeño, un día llegó con unos materiales escolares a su casa y le dijo a su mamá que se los había encontrado. Y así fue pasando el tiempo, y seguía trayendo varias cosas a su casa, y su madre nunca le preguntó de dónde les había obtenido. Y cuando Zambo Zambito llegó a mayor, tenía ya su banda y robaban juntos hasta que un día los agarraron.

[14] Mi abuelito me contó que su papá tenía una huerta de naranja en Los Yungas paceños, por lo cual él tenía que ir y venir de la Paz a Los Yungas a pie, para poder vender naranjas. Pero no podía pasar por la cumbre muy tarde, pues había un ladrón y su banda, los cuales asaltaban a los viajeros desvalidos que por ese lugar pasaban, les quitaban su pertenencia y los mataban.

Pero un día lo atraparon, y antes de que lo colgaran pidió darle un beso a su madre. Y al darle el beso la mordió en la oreja y le dijo: "Tuya es la culpa, por no controlarme cuando era pequeño" (Mihara, s.f.: 153-166).

Que todos estos relatos distan mucho, por supuesto, de reflejar un episodio real de la vida de un bandido histórico lo prueba el hecho de que sean, en realidad, versiones insólitas, de valor documental absolutamente deslumbrante, de un cuento folclórico muy viejo e internacional, que tiene raíces clásicas, estuvo muy difundido en la Edad Media europea y tiene el número 838 (*Son on the Gallows: El hijo en la horca*) en el catálogo universal de cuentos

folclóricos de Aarne-Thompson-Uther, que, por cierto, lo registra en tradiciones tan distintas como la de los países bálticos, germánicos y eslavos, la India y China, Egipto, Túnez o Somalia, entre otros (Uther, 2004: núm. 1696).

A propósito de este tipo de relato ha señalado María Jesús Lacarra que

la historia del ladrón condenado que, al despedirse de uno de sus progenitores, le arranca una oreja o le muerde los labios por no haberle aconsejado bien durante su infancia, tiene una larga andadura en la literatura didáctica medieval, desde el *De disciplina scholarium* del seudo Boecio al *Speculum morale* de Vicente de Beauvais o las colecciones esópicas medievales, pasando por numerosos ejemplarios o sermonarios como el de Jacques de Vitry. Como señala J. M. Cacho Bleuca, entre los textos existentes se pueden distinguir dos grandes bloques en función del familiar a quien se le atribuya la mala educación recibida. En la tradición esópica así como en el *Libro del Caballero Zifar*, la culpabilidad recae sobre la madre viuda, mientras que en la gran mayoría de los textos restantes, se inculpa al padre (2008: 13-14).

Hasta hoy sólo teníamos noticias de una versión asturiana, otra gallega y siete portuguesas registradas en la tradición oral moderna de todo el mundo hispánico.⁹ La quincena de versiones registradas en Bolivia, en simbiosis estrecha con la leyenda del bandido Zambo Sambito, dan, pues, un vuelco más que espectacular al conocimiento que hasta hoy teníamos de este cuento.

El caso resulta tan excepcional que, antes de pasar página, no estará de más que recordemos la versión medieval que asomaba en el *Libro de los enxemplos* que puso por escrito Clemente Sánchez de Vercial en el siglo XIV. Sus analogías con las versiones registradas en Bolivia no dejarán de impresionar:

⁹ Véase la remisión a una versión gallega y a siete portuguesas en Camarena Laucirica y Chevalier, 2003: 324-325.

Pater non corrigens filium ab eo punitur.

El que a so fijo non quiere castigar,
él mismo a su padre la pena ha de dar.

Dicen que un buen hombre tenía un fijo, e cuando ninno, aunque furtaba e hacía otros males, nunca lo quiso castigar; e de que fue en edad de hombre, teniendo la mala costumbre, fue tomado en furto e preso. E queriéndolo enforcar, rogó a su padre que lo besase, e el padre llegándolo a besar, trabólo de las narices con los dientes e cortógelas. E demandaron por qué cometiera cosa tan fea e tan mala, e respondió que razón hobiera de lo facer, porque su padre cuando mozo non lo castigó, e así le trayera a la forca (Sánchez de Vercial, 1952: núm. CCLXXII).

Tadeo Ramírez, bandido de Colonia Tovar, Venezuela

Tras la sorpresa de encontrar en la tradición oral que evoca a un bandido legendario de La Paz un islote rarísimo pero desbordante de vitalidad de un cuento que estuvo muy difundido en la Europa antigua y medieval, y que hoy se halla prácticamente extinguido en el resto del mundo hispánico, es hora de explorar otros ámbitos de la tradición oral de la América actual, que distan mucho de haber quedado agotados.

Excepcional interés tiene, sin duda, el interesantísimo corpus de relatos que registró entre 1993 y 1996 el filólogo venezolano Jerónimo Alayón Gómez en Colonia Tovar, un municipio del estado Aragua de Venezuela, en torno al bandido venezolano Tadeo Ramírez, de cuya vida (si es que alguna vez existió en la realidad) no sabemos absolutamente nada, y cuya leyenda se halla adornada de los tintes y elementos más fabulosos. Aventurera Alayón, en efecto, que las leyendas sobre la vida y la muerte de Ramírez pueden ser eco de

un acontecimiento que pudo haber sucedido durante la Guerra Federal (1859-1863) o en las décadas finiseculares, cuando Colonia

Tovar fue brutalmente asediada por las incursiones militares que por aquellos años azotaban el territorio nacional.

Pero quién sabe. Añade Alayón que,

en algunas versiones, puede apreciarse una dimensión casi mítica al relacionarse el personaje Tadeo Ramírez con ciertos poderes sobrenaturales: protección inmortal de la contra, sobrevivencia al disparo en el cuello, aparición tras la muerte. Rasgos estos que le confieren en el imaginario colectivo una personalidad casi demoníaca, que hace recordar otra leyenda muy popular en Venezuela, y también presente en Colonia Tovar, la de Tirano Aguirre, un militar español que había cometido grandes desafueros y crímenes, que luego de asesinar a su hija es apresado y descuartizado, apareciendo después de muerto como una bola de fuego que recorre las sabanas a gran velocidad. De las leyendas recopiladas en Colonia Tovar, Tadeo Ramírez es la más popular y versionada.

[1] Era un señor malo que cuando llegaba a una casa le gustaba una muchacha, y se tenía que casar con ella a juro. Un día llegó a la casa de la familia Ruh; había una muchacha bien bonita y dijo que se iba a casar con ella. Un día llegó y se casó con la muchacha. El día que se casó con la muchacha llegaron un grupo de viejitos; hizo un brindis y escupió todos los vasos, y se los tuvieron que tomar. Todo el mundo le tenía miedo.

Un día vino un muchacho de La Victoria, que tenía 16 años, y dijo: "Si ustedes le tienen miedo, dame la escopeta, y yo sí lo voy a matar". Se montó en una mata de guama que estaba en el centro del pueblo, y lo mató.

Después lo celebraron y lo enterraron en el cementerio, con la cabeza pa bajo, y al hermano lo amarraron de dos caballos y lo arrastraron por todo el pueblo hasta la plaza, y lo mataron y lo velaron.

Fueron a celebrar en la Casa Benitz, y se tomaron un palito y le cortaron la planta de los pies, y cuando se dieron cuenta había desaparecido.

[2] Cuando Ramírez vino para la Colonia por Petaquire, por la montaña venían dos muchachas (Sofía y Belén Collin) que fueron a sa-

banear, y fueron a buscar a una vaca. Se las encontró, y a Sofía la maltrató y le pegó: la iba a matar, y la hermana de Sofía se escapó.

[3] Él era un hombre que, cuando vino a la Colonia, se dedicó a matar a las personas. Cuando había matado a once personas, quería matar a otra para completar la docena. Entonces se casó con una mujer a la fuerza. Cuando llegó a la iglesia, el padre los casó, pero falsamente. Un día, cuando Ramírez estaba caminando, un muchacho que estaba en la troja de su casa, en el pueblo, le disparó a Ramírez en el cuello. Pero no murió. Entonces, el muchacho bajó con su espada y le cortó la cabeza. Y como el coronel era tan malo, lo enterraron en las escaleras del cementerio para que todos lo pisen.

[4] Ramírez, según cuentan, vino de Petaquire, y cuando llegó a la Colonia Tovar ya había matado a once personas. Se enamoró de una muchacha de apellido Ruh, y dijo que el día de su boda iba a matar al número doce. De La Victoria vino un muchacho que se enteró de lo que estaba pasando, del miedo que todos en el pueblo tenían; entonces les dijo que le consiguieran un arma, que él iba a matar a Ramírez.

El día de la boda, Ramírez paseaba por el pueblo a caballo, y el muchacho lo esperaba sobre una mata de chirimoya. Cuando este pasaba, lo mató.

Lo arrastraron amarrado con una cadena a un caballo, hasta el cementerio, y lo enterraron con la cabeza para abajo en las escaleras del cementerio, para que así lo pisaran todas las personas que pasen por allí. Lo irónico es que Ramírez fue el número doce.

[5] Tadeo era un hombre muy malo, que le escupía la cara a la gente y le quitaba las mujeres a los demás hombres. Entonces, un día, un muchacho lo estaba cazando desde la ventana de su casa, y le dio un tiro y lo mató. Así lo amarró de la cola de su caballo y lo pasó por todo el pueblo. Luego lo enterraron en las escaleras del cementerio pa que todos lo pisaran cuando pasaran por ahí.

[6] Se trata de un señor de Petaquire que era malo, un asesino. Este se quería casar con una muchacha de la Colonia Tovar, y la muchacha no quería, pero el señor insistía en casarse. Además que ya

llevaba once muertos que él había matado, y la noche que se iba a casar quería completar la docena.

Esa misma tarde llamaron a un muchacho que estaba cansado de sus fechorías, para que lo matara. Y justo al lado donde está la estatua de Simón Bolívar en el pueblo, el mismo muchacho se escondió en una mata de chirimoya, y cuando el señor pasó lo mató, y las malas lenguas cuentan que él mismo era el número doce, o sea, él mismo completó su propia docena. Y lo enterraron de cabeza para abajo, para que todo el mundo lo pisara.

[7] Él era un personaje histórico de la Colonia Tovar, personaje que se atrevió a matar a once personas desde su llegada. Luego quería matar a otra para completar la docena, y se casó con una señora para luego matarla. Luego, un día, cuando el coronel Ramírez rondaba por el pueblo, un muchacho que estaba limpiando su escopeta lo vio y le disparó en el cuello porque le tenía rabia. Luego salió corriendo a buscar su espada y le cortó la cabeza, y como él era tan malo, lo enterró en las escaleras del cementerio al revés, para que todo el mundo lo pisara.

[8] Hace muchos años, había un señor llamado Tadeo Ramírez. Éste era un hombre muy malo; por eso lo mataron, y luego lo sepultaron bajo las escaleras del cementerio para que todo el que pasara por allí lo pisoteara.

[9] Era un criminal muy temido. Iba por todos lados asesinando y haciendo lo que quería. Llegaba a un bar, el cual quedaba en el sector Cruz Verde de la Colonia Tovar. Este fue el primer negocio que existía en el pueblo. Cuando Tadeo Ramírez llegaba a ese bar, las personas se dispersaban en silencio. Le temían porque mataba por matar.

En esa época, servían el aguardiente en copitas. Él mandaba a preparar la bebida y la escupía con tabaco en ramas, y el que no lo tomaba lo mataba. Tenía una contra de protección para que no lo pudieran matar. Él se enamoró de una hermosa joven, y ella tuvo que casarse obligatoriamente con él. Tadeo, para poder casarse, tenía que entregarle la contra al sacerdote.

Después de terminar la ceremonia, un soldado con un rifle estaba aguardando en un muro cerca de la iglesia, y él montado en

su caballo sin saber que lo iban a asesinar. El soldado le soltó la bala y le traspasó el corazón. Al caer de su caballo, la gente emocionada salió corriendo y para asegurarse de su muerte tomaron su espada y le cortaron su cabeza. La difunta Catalina de Ruh contaba que tenía tres dedos de grasa en el cuello. Después de lo sucedido, lo tomaron y lo sepultaron bajo las escaleras, para que todos lo pisotearan.

Decían que el hombre salía de noche montado en su caballo, y la gente lo veía cuando aparecía, y se asomaban por sus ventanas. También oían cuando sonaban las cadenas del caballo, y salían de sus casas para ver cómo era y no encontraban a nadie, hasta que un tiempo pasó, y luego desapareció y no se oyó más de él.

[10] Cuentan las personas de mucha edad que, cuando la Colonia empezó a comunicarse con otros pueblos y no gozaba de autonomía, había un representante de la ley que venía de La Victoria para hacer las veces de jefe civil. Este hombre era, según la leyenda, una persona muy cruel, que maltrataba a los campesinos y violaba a las mujeres, en calidad de que nadie podía contra él porque era la ley.

Esta historia se repetía muy seguido, hasta que un día los colonos se cansaron de tantos abusos y decidieron acabar con este hombre. Fue así que se reunieron y se escogieron un grupo de hombres que le tenderían una emboscada cuando viniese solo desde La Victoria para lincharlo.

Llegado el día, se llevó a cabo la misión y juraron los colonos que nunca nadie iba a decir esto, pasara lo que pasara. Cuenta la leyenda que le dieron un disparo en el corazón y otro en el hombro izquierdo. Luego de haberlo asesinado, lo enterraron y se olvidaron del asunto por completo.

Se buscaron los restos de este hombre, pero nunca fueron encontrados y se dio por desaparecido. Al pasar de los años, cuando se abrieron las escaleras en el cementerio para que el acceso al mismo fuese más cómodo, y al excavar, se encontraron con un esqueleto que presentaba un disparo en el hombro izquierdo.

Ahora bien, cuentan que lo enterraron allí para que todo el que entrara o saliese al cementerio pasara sobre él. Afirman las personas más viejas del pueblo, quienes en aquel entonces eran niños, que verdaderamente ese cadáver allí encontrado es el del jefe civil,

pero esto no puede ser probado y ha quedado como una leyenda del pueblo (Alayón Gómez, 2010: 99-103).

En estas leyendas asombrosas acerca del bandido venezolano Tadeo Ramírez, que puede que realmente existiera, aunque ningún registro histórico lo atestigüe, volvemos a encontrar una profusión apabullante de motivos folclóricos. Algunos ya bien sabidos y atestiguados en estas páginas: el de su carácter de agresor sexual de las mujeres de la comunidad; el del odio que por ello despierta entre los lugareños, que conspiran continuamente para matarlo; el del talismán mágicamente protector, que queda sugerido en una sola frase: “Tenía una contra de protección para que no lo pudieran matar”.

Por otro lado, desde el episodio bíblico de David, matador de Goliat, el motivo del adolescente intrépido que mata al ogro tenido por invencible, que no ha dejado de dar vueltas por las tradiciones orales de innumerables culturas, será difícil de documentar en versiones más originales e interesantes que las que nos ofrecen los relatos venezolanos acerca del niño matador del indeseable Ramírez. En cuanto a las injurias a su cadáver, es otro motivo que tampoco ha faltado en innumerables tradiciones narrativas, desde los antiquísimos relatos en que Aquiles injurió el cuerpo de Héctor o Creonte el de Polinices.

Una vez más, la mitología *bandidesca* americana se nos muestra como crisol privilegiado de relatos venidos de aquí y de allá, reciclados y refundidos en mezclas de afortunadísima eficacia dramática, fieles a tradiciones orales de origen inmemorial pero originales al mismo tiempo en los recursos de invención y de reinversión con que en cada versión se (re)construyen.

El Capitán Venganza, bandido de Quinchia, Colombia

Hay una duda que se agranda a medida que vamos conociendo más y más bandidos americanos: ¿por dónde pasa la línea entre realidad y ficción, entre historia por un lado y mito, leyenda, cuento

por otro, en estas narraciones de delincuentes que parecen impregnar con tonos tan variados y también tan reminiscentes entre sí todo el territorio de la América hispana? Sus trazas se nos muestran en toda ocasión sinuosas y ambiguas, a veces absolutamente confusas, conforme a las heterogéneas memorias colectivas y a los cambiantes recuerdos individuales que cada territorio y cada persona guardan de unos personajes que tienen mucho más de rememoración ficticia que de realidad fiel a alguna verdad histórica.

Si en el caso del Tadeo Ramírez venezolano la ciencia historiográfica no ha podido, hasta hoy al menos, concretar los perfiles biográficos de un bandido que, si existió alguna vez, se convirtió en pura y fantasmagórica ficción hace ya muchas décadas, en el caso que vamos a analizar a continuación sucede justo al revés, porque sí que está bien documentada la vida del activista político colombiano Medardo Trejos Ladino, bandido para unos y héroe para otros, conocido como *Capitán Venganza*. Sus correrías entre su nacimiento en 1939 y su muerte en 1962 por el municipio de Quinchía y por los pagos vecinos han sido magistralmente reconstruidas e interpretadas, en efecto, por el historiador colombiano Álvaro Acebedo Tarazona, quien ha descrito con cierto detalle el modo en que *Venganza* (al que se recuerda como un héroe enmascarado, igual que tantos superhéroes de cómic o de cine) defendió los intereses de los campesinos minifundistas cafeteros y del Partido Liberal, cómo atacó los de los grandes propietarios latifundistas del Partido Conservador y de qué manera su vida fue transustanciándose en mito antes incluso de que la perdiese. Unos cuantos párrafos de su estudio sobre Medardo Trejos nos sirven para hacernos idea del contexto histórico y sociológico en que la personalidad y las representaciones del héroe-bandido se fueron forjando:

Sobre este vengador es muy conocida aquella historia narrada por el sacerdote Tamayo, hacia el año de 1958, cuando llegó a la población de Quinchía y los campesinos de la región lo recibieron manifestándole, más o menos, lo siguiente: "No, señor cura, nosotros lo respetamos mucho, pero aquí no necesitamos por el

momento autoridades... No nos hace falta el alcalde, ni el cura, ni el ejército, porque para eso tenemos a *Venganza*. *Venganza* sí nos respeta, nos defiende y nos quiere [...].

Claro que no todo es color de rosa cuando se trata de evocar las hazañas del *Capitán Venganza*. Para las poblaciones vecinas de filiación al Partido Conservador, que se vieron combatidas por este bandolero social y otros [...], *Venganza* fue uno más que representaba la muerte y el terror. Una especie de Cid Campeador que llevaba a todos los conservadores al "matadero", mientras las autoridades de Quinchía le hacían entradas triunfales a su héroe victorioso, Sir Medardo Trejos Ladino [...].

A nuestro bandolero social tampoco le va muy bien en la tradición oral recogida en aquellas poblaciones de filiación conservadora que se sintieron perseguidas hasta por su sombra. En estas versiones, *Venganza* polarizó el centro occidente del país, reactivó la guerra liberal-conservadora, asoló con ataques nocturnos a todos los municipios de su radio de acción y, al igual que en su momento lo hicieron los conservadores, se alió con las familias adineradas liberales para arrebatarles o comprarles a precios muy bajos la tierra a sus oponentes [...].

Se dice que en 1958, *Venganza* alcanzó a tener mil hombres bajo su mando, a través de un sistema de cuotas mensuales que cobraba a los campesinos tanto pobres como adinerados para el sostenimiento de sus cuadrillas.

La biografía personal de Medardo Trejos Ladino es, dentro de este marco, sumamente interesante. Llama la atención, una vez más, la relación especialmente estrecha que tuvo con su madre (algo que resulta relativamente común en la épica de la "bandidería" americana) y lo precoz de su vocación aventurera:

Un día cualquiera, doña Laura Rosa Ladino, madre del joven Medardo, se enteró por sorpresa de que su hijo de 8 años había partido de la casa en busca de bienestar y nuevos sueños. El jovencito nunca advirtió que se marcharía, simplemente preparó sus cosas personales y se fue [...].

Una tarde casi es capturado por el ejército. Se encontraba tranquilo en la casa cuando lo sorprendieron y tuvo que salir corriendo por la puerta del patio, hasta esconderse en unos matorrales.

Pero, claro está, las adherencias folclóricas, a pesar de la cronología relativamente reciente del personaje, resultan inevitables. Según sigue avanzando el relato de su vida, volvemos a encontrar los motivos del ladrón invisible a quien sus perseguidores no logran ver ni atravesar con sus armas aunque lo tengan delante suyo; el del héroe anónimo, siempre enmascarado (como El Zorro y como tantos otros superhéroes modernos), a quien sus vecinos y paisanos no alcanzan a ver la cara nunca; el de los presagios de emboscada y muerte, que son relativamente frecuentes en otras leyendas de bandidos, y más aún en muchas *vitae* épicas de todo tiempo y lugar. Crucial es también el análisis que hace Álvaro Acebedo Tarazona acerca de los rasgos de héroe y de villano que se asociaban a *Venganza* según el lugar (su propia comunidad o las comunidades rivales) en que se elaborasen.

El relato del prendimiento y la muerte de Trejos, el 5 de junio de 1961, en la vereda de Miracampos, cerca del cerro de Batero, en la cantina del señor Buenaventura García, vuelve a quedar, pese a tanto detalle cronológico y geográfico, impregnado de elementos irremisiblemente legendarios:

Cuenta su madre Laura Rosa Ladino que el día que casi lo atrapa el ejército en su casa, le ocasionó mucho susto, porque los comandantes del ejército entraron y requisaron todos los rincones buscando al *Capitán Venganza*. Sin embargo, gracias a las habilidades de su hijo, este se había salvado: Él era muy rápido, ese día se voló por el patio y ellos no lo volvieron a ver, pero era mentira: él estaba ahí (sonríe).

[...] Eran casi la una de la mañana y en el ambiente hacía rato que se venía escuchando la canción que más le gustaba a Medardo, pues la hacía repetir y repetir como vaticinando su muerte. Sonaron siete balazos... a las cinco de la mañana. El ejército se bajó de la patrulla para hacer su control acostumbrado y entró en la cantina; a uno de los soldados le pareció reconocer al *Capitán Venganza*; sin embargo, no estaba seguro, pero de igual forma lo llamaron y lo condujeron por la vía al Higo, unos cincuenta metros del puesto de Batero. Allí, buscando certeza, hicieron arrodillar al joven para preguntarle que si era el *Capitán Venganza*. Él les con-

testaba tranquilamente: “No, yo no soy”. El agente insistió en pedirle identificación. Sin más preguntas ni interrogantes, dispararon a sangre fría para no correr el riesgo de equivocarse. No fueron siete, sino dos los balazos que dieron muerte al héroe y máximo líder de la resistencia campesina del municipio de Quinchía, Risaralda, Colombia.

Corrió rápidamente la noticia por toda la región. La sorpresa de su muerte alarmó al pueblo, pues esta era la oportunidad de conocer el rostro real del fantasma de la *Venganza* [...]. Aquel hombre humo, que se desvanecía cuando se le intentaba tocar y que se escurría por los montes quincheños, dejó una historia abierta en la tradición oral de Quinchía (Acebedo Tarazona, 2004: 51).

El bandido Erorrentzi en la tradición oral de los asheninca de Perú

Una cuestión relevante sobre la que todavía no nos hemos preguntado es la de si los pueblos originarios de la América hispana atesorarán también, en el seno de sus muy complejos y plurales repertorios orales, relatos acerca de bandidos que puedan ser de algún modo homologados con los demás que estamos conociendo. La respuesta es que sí, por supuesto. De hecho, resultarían numerosísimos los grupos étnicos e incontables los relatos tradicionales sobre bandidos de los pueblos amerindios que podríamos traer en estas páginas a colación.

Como muestra breve pero representativa, nos centraremos ahora en un relato oral de los asheninca (o ashénica, o campá), un grupo étnico que vive en los departamentos de Pasco, Junín, Huánuco y Ucayali, en Perú. Porque resulta que en la muy densa literatura oral de los asheninca, los relatos acerca de sujetos que viven en entornos de violencia y que resultan invulnerables a las balas o a las flechas son relativamente comunes, y cubren territorios muy diversos del imaginario. El relato en el que ahora nos vamos a centrar se refiere a un bandido mágicamente invulnerable, que es de los que en este momento más nos interesan. Pero no dejan de contar los asheninca también con narraciones que nos presentan a nobles guerreros luchando con la ayuda de talismanes

llamados *ivenquis* que les hacen invulnerables a las balas de invasores indeseables, o relatos de cariz aún más mitológico acerca de animales que entregan sus mágicos *ivenquis* o talismanes protectores a los humanos. Un análisis exhaustivo de la narrativa oral de este pueblo nos conduciría hasta registros sumamente plurales y representativos de la mitología de la invisibilidad, la invulnerabilidad, la impenetrabilidad, en los que se entremezclarían vetas muy diversas, atávicas algunas, importadas otras en tiempos recientes.

Como muestra significativa, nos asomaremos a una narración ashénica de *El guerrero llamado Erorentzi*. Relato que refleja, por un lado, lo que tiene todos los visos de ser el conflicto de toda una comunidad ashénica contra un bandido que se dedicaba a diezmar a sus hombres y a secuestrar a sus mujeres para, entre otras cosas, convertirlas en moneda de tráfico de armas. Sobre esa trama oscura pero que podría evocar hechos que pudieran haber sido tristemente reales y entrar dentro de los dominios de la historia oral, o al menos de la leyenda histórica, han introducido también el mito y el cuento sus hilos narrativos. Por ejemplo, el motivo de la invulnerabilidad del bandido gracias a que tenía el corazón en la rodilla, y no en el pecho, por lo que había que estar avisado del lugar en el que debía ser herido, es un avatar clarísimo del viejo y universal motivo folclórico de “el alma externada”, que ha poblado el imaginario internacional de cuentos de ogros, brujas y gigantes a los que es imposible matar si no se sabe antes en qué lugar tienen escondida su alma:

Había un hombre del Gran Pajonal llamado Erorentzi. Ese hombre, aunque le picaban el cuerpo con flechas —*chec chec chec chec*—, no moría porque su corazón estaba en su rodilla. No era como nosotros que tenemos el corazón en el pecho. El hombre mató a muchas personas. Nadie podía vengarse de él. Un día quiso ofender a su compadre llamado Veempa. Él dijo:

—Cuando me encuentre con mi compadre Veempa, lo voy a matar.

Entonces Veempa llegó a saber esta noticia.

Dijo a su hijo:

—Vamos a Erorentzi para pelear con él. Él está amenazando matarnos. Nosotros debemos pelear bien para matarlo con toda seguridad.

Entonces Veempa se fue y llegó a una quebrada. Allí se quedó para tomar agua. Allí oyó que alguien cortaba un árbol —*chec chec*—. Le preguntó a su hijo:

—¿Quién está cortando ese árbol?

Al mirar hacia allá vio que venía Erorentzi. Veempa salió a su encuentro diciendo:

—Hola, amigo.

—¿Cómo estás, amigo?

Veempa se acercó a su amigo con la escopeta. Luego puso el cañón de su arma en la mandíbula de Erorentzi, disparó —*tooo*— y se la destrozó —*shetarerec*—, pero seguía vivo. Veempa siguió disparándole —*toc toc toc toc toc toc*— pero no pudo matarlo. Por todo su cuerpo tenía clavadas muchas flechas pero aún así no moría.

Al oír los disparos, los paisanos de Veempa inmediatamente vinieron. Al llegar dijeron:

—No seas inútil, debes golpearlo en la rodilla.

Entonces, Veempa sacó el cañón de su escopeta y golpeó a Erorentzi en la rodilla. Se cayó al suelo —*poc*—, muerto. Al verlo muerto, Veempa sacó su cuchillo y le cortó la rodilla. Vio que allí tenía su corazón. Después lo cortó en el pecho, pero no encontró el corazón. Él fue el único que lo tenía en la rodilla. Luego cortó todo su cuerpo —*chec chec chec*—. También le cortó la cabeza —*thatzic*—. Dejó los pedazos de su cuerpo muy lejos. Llevó la cabeza hasta un abismo. Allí lo arrojó hasta el fondo —*poc*—. La cabeza se rompió.

Al día siguiente, Veempa estuvo esperando que Erorentzi resucitara pero ese hombre no volvió a vivir. Después, Veempa dijo:

—Por fin hemos matado a Erorentzi. Él era el único que mataba a toda la gente cuando había una guerra.

Erorentzi vendió muchas mujeres a cambio de escopetas. Cuando él deseaba vender una mujer, le decía a su amigo:

—He traído esta mujer para venderla. Quiero cambiarla por una escopeta.

El comprador de mujeres tenía que llevarla a un mestizo y hacer negocio para así obtener la escopeta. Este hombre traía muchas escopetas y seguía trayendo otras mujeres más jóvenes. Pero, cuando mataron a Erorentzi, terminó el negocio. Ya no se vendían las

mujeres a cambio de escopetas. Después entregaban escopetas a otros para conseguir mujeres.

Desde que Erorentzi murió, ya no ha habido otros que quieran pelear. Por eso vivimos en paz y ya no se oye que los guerreros hayan matado mucha gente en otros lugares.

Así fue antiguamente aquel hombre llamado Erorentzi.

Él era un guerrero muy poderoso que mató a mucha gente hasta su muerte en manos de Veempa (Ravírez, 1986: 92-97).

Las conexiones y proyecciones míticas de este tipo de relatos acerca de luchadores invulnerables a las armas enemigas se aprecian muy bien en este episodio de un relato de *El guerrero llamado Shohaintzi*, un viejo noble, de ninguna manera un bandido, que, al ser atacado por sus agresores (ellos sí bandidos), recurrió él también a la protección de sus *ivenquis* talismánicos:

Se quedó dormido y a medianoche su esposa también se quedó dormida. Más tarde llegaron los guerreros.

De repente Shoomaintzi oyó los disparos de una escopeta. Inmediatamente se levantó y empezó a saltar —*tancorec*—, porque él no podía soportar si alguien le disparaba. Además, tenía el poder de esquivar cualquier tipo de arma; nadie podía matarlo.

Mordió su *ivenqui* (planta mágica) para que las flechas y las balas no pudieran introducirse en su cuerpo. Cuando llegaban a su cuerpo, no entraban, solamente se quedaban pegadas encima. Después sacaba todas las balas.

Shoomaintzi no tuvo miedo. Cuando le dispararon —*tyaa*—, los perdigones cayeron al suelo —*vanec*—.

Él se levantó gritando:

—¡Llegaron los guerreros!

Su esposa no lo dejó. Ella se agarró de la *cushma* de su esposo —*shepic*—. Él le gritó diciendo:

—No me dejes, agárrate aguí de mi *cushnia*. Si no, los guerreros te van a picar.

Entonces los guerreros sacaron sus flechas y empezaron a disparar a Shoomaintzi —*tac tac tac tac tac tac tac*—. Ellos gritaban, diciendo:

—¡Debemos llevar a su esposa si logramos matarlo!

La esposa de Shoomaintzi estaba asustada. No dejó a su esposo. Se agarró muy bien de su *cushma*.

Él le decía:

—No debes soltarte; si no los guerreros te van a llevar.

En el fragor de la lucha, la esposa de Shoomaintzi logra avisar a sus hijos, que acuden bien pertrechados de más talismanes aseguradores de la invulnerabilidad:

Inmediatamente vinieron sus dos hijos. Al llegar vieron que su padre estaba luchando solo. Estaba rodeado de guerreros que querían picarlo con sus flechas. Los hijos de Shoomaintzi dijeron:

—Debemos atacar al jefe de los guerreros.

Empezaron a masticar su *ivenqui* de la codorniz para que los guerreros no pudieran verlos. Se acercaron rápidamente y picaron al jefe de los guerreros.

Ellos se defendieron; no pudieron matarlos porque estos dos jóvenes tenían la habilidad de agarrar las flechas cuando se las disparaban. Aunque la flecha venía con velocidad, podían agarrarla —*shepic*—. La hacían volver hacia la persona que había disparado. Cinco guerreros huyeron.

Aunque el relato le muestra como vencedor en aquel peligroso lance, al final del extenso relato ashénica morirá el viejo Shoomaintzi, a manos de otros invasores, “porque ya le había llegado la hora de morir”, con lo que sus mágicos talismanes dejaron de ser eficaces (Ravírez, 1986: 116-127).¹⁰

En cualquier caso, y aunque este último relato acerca de Shoomaintzi no esté protagonizado por un bandido, aunque sí por un héroe mitológico que resiste el acoso de una partida de bandidos, el modo en que presenta e interpreta, desde el punto de vista del indígena, el instrumental mágico que asegura la invisibilidad o la

¹⁰ Sobre las variedades y los poderes mágicos de los *ivenquis*, que en la cultura de los ashénica funcionan también como talismanes propiciatorios de la caza, puede verse, en la misma obra (155-165), el cuento *El gavilán*, que relata el modo en que un gavilán entregó a un hombre el instrumental mágico de la caza.

invulnerabilidad resulta extraordinariamente revelador cuando lo contrastamos con las demás leyendas de bandidos que estamos conociendo. La tradición indígena, al menos esta de los ashénica, parece que presta más atención a las armas y rituales de la agresión y de la resistencia mágica que al propio perfil de los sujetos involucrados en ellas que suelen enfatizar otras tradiciones.

El argentino cacique Josesito en la escritura de Juan José Saer

Es casi obligado cerrar estas páginas con un rápido homenaje a los escritores hispanoamericanos que, bebiendo directamente de las tradiciones orales de sus pagos respectivos, han sembrado la literatura de su continente de delincuentes ficticios pero inolvidables, de mágicas invulnerabilidades, de leyendas y de cuentos que se inmiscuyen sin tasa dentro de sus tramas novelescas. Un elenco aunque fuera mínimo de los personajes, autores y títulos que se han acercado a la cuestión ocuparía un espacio (más bien una enciclopedia) del que ahora no disponemos. Desde el Borges monumental de la *Historia universal de la infamia* (1935) y de tantos cuentos en que retrató a bandidos de burdel y taberna, hasta el bandolero surrealista de *El error* (2010) de César Aira, pasando por el Fushia japonés de *La casa verde* (1966) de Mario Vargas Llosa, o por *El bandido de los ojos transparentes* (1990) de Miguel Littin, o por *La Virgen de los sicarios* (1993) de Fernando Vallejo, que nos ofrece un elenco deslumbrante (sobre el que algún día volveremos) de jóvenes sicarios revestidos de talismanes que protegen mágicamente de las balas de los sicarios contrarios.

De entre tantos y tan magníficos bandidos prefiero evocar ahora al cacique indio Josesito, que fue siguiendo los pasos, por la Pampa argentina de 1804, desde Santa Fe a Buenos Aires, de una pintoresquísima caravana de locos, prostitutas, gauchos y soldados, encabezada por un joven psiquiatra, que llena las páginas irrepetibles de la novela *Las nubes* (1997) de Juan José Saer.

Más que las maldades que se cuentan en la novela acerca del cruel Josesito, que recuerdan las perversiones del venezolano

Tadeo Ramírez que ya hemos conocido, o más que ciertos rasgos de su personalidad como el del odio racial que sentía hacia los blancos, tan parecido al que sentía el negro Zambo Sambito de las leyendas bolivianas que también hemos analizado, lo que resulta más significativo, al final ya de estas páginas que hemos dedicado a la mitología del bandido en América, es la reflexión que hace Saer sobre la propia construcción metapoética de personaje criminal.

En *Las nubes*, Josesito es más una sombra que una realidad, más un rumor amedrentador que una presencia efectiva. Es más lo que se cuenta de él, las interpretaciones, discusiones y diatribas que levanta, los giros y quiebros que da su leyenda, que lo que él habla en la novela. Las páginas de Saer son, por ello, una intensa reflexión metanarrativa acerca de cómo nace, se desarrolla, se desdobra una leyenda en un pluralidad de versiones que después se enfrentan, se corroboran o se desmienten entre sí, que llegan incluso a emanciparse del sujeto y de la historia que supuestamente evocan hasta decantarse por completo hacia el territorio de lo imaginario:

Al día siguiente en la posta grande, comiendo un buen asado que el puestero preparó en el patio, además del frío y de la crecida de invierno, que ya estaba amenazando todas las postas instaladas a lo largo del río, la conversación versó en especial sobre el cacique Josesito, un indio mocobí que se había alzado tiempo atrás con un grupo de guerreros y andaba atacando los puestos, las poblaciones y las caravanas. La gente de la posta y los viajeros que pernoctaban en ella conocían muchas historias del cacique, de las que era difícil saber si habían ocurrido de verdad o eran meras leyendas que se le atribuían. Después de oír varias anécdotas, uno de los soldados que nos escoltaban declaró, con una especie de orgullo estimulado por el aguardiente, que él había conocido a Josesito en las Barrancas, cuando el cacique era todavía manso, y que tres años antes, cuando una compañía de soldados había escoltado a unos frailes y a varias familias hasta Córdoba, Josesito, que por aquel tiempo era un cristiano ferviente y vivía en una reducción al sur de San Javier, formaba parte de la escolta. Según el soldado, cuyo lenguaje áspero y un

poco confuso traduzco a un idioma más claro y coherente, era a causa de una especie de querrela religiosa que Josesito había desertado de la civilización declarándole la guerra a los cristianos. Osuna, que cuando había tomado y se ponía a hablar y a contar historias no veía con buenos ojos que alguien lo interrumpiera y, sobre todo, que se convirtiera a sus expensas en el centro de la reunión, se empeñó en contradecirlo, negando con la cabeza mientras el otro hablaba, y cuando por fin recuperó la palabra, afirmó que Josesito, con el que se había cruzado varias veces, tenía la costumbre de aliarse por interés y después disputarse por las mismas razones con los cristianos, que él, Osuna, aparte de los caballos, de las mujeres blancas y del aguardiente no le conocía otra religión. Terciando mientras hacía pasar con los dientes de una comisura de los labios a la otra el cigarro que emergía de una barba blanca, y bien recortada, bastante limpia si se tienen en cuenta los hábitos de la región, el puestero dijo que el cacique era valiente y, por lo que creí entender de lo que contaba, muy desconfiado y susceptible, que desde criatura había sido muy sensible a la arrogancia de los cristianos, de los que el más mínimo gesto o palabra que él consideraba fuera de lugar lo ofendía. Según se desprendía de las palabras del puestero, el hecho mismo de que esos cristianos existiesen ya le parecía humillante al cacique: con su mero existir, los blancos instalaban, para todos los que no fuesen ellos, a estar con Josesito, el desprecio. Él, el puestero, lo conocía casi desde que había nacido, porque el padre, el cacique Cristóbal, que sí era manso y quería que a Josesito lo educaran los curas, solía venir seguido al puesto de compras y lo traía con él. Pero desde chico nomás Josesito no quería saber nada con los blancos. Ya a los trece o catorce años, si cuando venía al negocio algún blanco hacía alguna alusión a su persona o lo abordaba de un modo que a él le parecía incorrecto, le dirigía una mirada asesina. No toleraba ninguna familiaridad y, desde luego, no le tenía miedo a nadie ni a nada. Ya de grande —el puestero hacía como treinta años que lo conocía—, se había vuelto irritable, hosco y cuando, según las propias palabras del puestero, “se le iba la mano con el aguardiente”, brutal y penden-ciero. Pero era inteligente y, con la gente que apreciaba, pacífico. Como se había puesto de un modo voluntario al margen de la sociedad, y como su mal carácter era legendario, la gente le atribuía todas las crueldades que cometían los indios alzados, los

desertores y los matreros. Con los curas había aprendido a tocar el violín, y a pesar de que a los quince o dieciséis años, a la muerte de su padre, desapareció de la reducción y se volvió al desierto por primera vez para vivir a la usanza india, aunque después volvió con los blancos y se volvió a ir, y así varias veces, nunca se separaba de su instrumento, para el que había hecho una agarradera de cuero a un costado de la silla, y cuando montaba en pelo lo llevaba terciado en la espalda. Después del asado, el porrón de aguardiente pasaba de mano en mano mientras conversábamos, sentados en el rancho alrededor de un enorme brasero, tapados con dos o tres ponchos de entre cuyos pliegues de tanto en tanto salían pares de manos rugosas de callos y sabañones y se estiraban con las palmas hacia abajo por encima de las brasas. Cuando el puestero dejó de hablar, durante unos segundos nadie, ni siquiera Osuna, lo siguió en el uso de la palabra, y ese silencio prolongado y un poco molesto parecía tener una explicación que se me escapaba, pero cuando por fin alguien lo rompió, comprendí que, salvo yo, todos los que acababan de oírlo consideraban que el puestero había hecho de Josesito, quien sabe por qué razón, una pintura demasiado favorable (Saer, 1997: 54-56).

El cacique Josesito, cuyo halo se pasea fantasmalmente por las páginas de *Las nubes* de Juan José Saer, es, sin duda, una poderosísima máscara literaria que refleja y en la que se entrelazan las vetas de unas tradiciones orales viejas, difusas, intrincadas, incluso enfrentadas, que hunden sus raíces en lo más hondo del imaginario colectivo de Hispanoamérica. Pero es también un fruto memorable (uno más) del laboratorio de la cultura oral del continente, tan inclinado a alumbrar representaciones de sujetos singulares y notables (los bandidos, por ejemplo, con su carisma positivo o negativo) mientras pone en juego, aunque la combinación resulte paradójica, recursos absolutamente hiperbólicos de construcción de la ficción y recursos enormemente eficaces de simulación de la realidad, de la historia, de la verdad.

En la fantasmagoría narrativa de *Las nubes*, el cacique Josesito no es él mismo: es lo que se cuenta de él, lo que unos afirman y otros refutan, puntualizan o exageran al tiempo que se expande

la onda de su leyenda. Igual que sucede en los demás relatos de bandidismo que nos han salido al paso en estas páginas, empujando por aquel Tono Camila sobre el que su informante nos daba informaciones ambiguas y contradictorias.

Hoy, la representación de los bandidos en la América hispana sigue siendo un crisol híbrido que recoge las corrientes de tradiciones orales patrimoniales, algunas de ellas venidas de Europa, salidas incluso del mundo clásico y medieval, según hemos podido comprobar; otras nacidas ya en los llanos y espesuras del Nuevo Mundo: en el ámbito indígena, en el criollo, en el de ascendiente africano; muchas en proceso de ajuste y de acomodación, ahora mismo, a los nuevos cauces y formatos del globalizado mundo actual: el de la prensa de sucesos, el del cine, el de los novelistas de éxito o el del hipertexto de internet, todos los cuales han ido dejando oír sus voces en estas páginas. Diseminados, todos, en el difícil territorio que media entre la realidad y la ficción, entre la historia y la leyenda, entre la dolorosa conflictividad cotidiana y el refugio de lo confortablemente literario. En la realidad imaginaria de Hispanoamérica, en definitiva.

Bibliografía citada

- ACEBEDO TARAZONA, Álvaro, 2004. "El símbolo de un Robín Hood vengador en el occidente de Colombia". *Estudios Humanísticos. Historia* 3: 45-66.
- ALAYÓN GÓMEZ, Jerónimo, 2010. "Diez versiones de la leyenda de Tadeo Ramírez, recopiladas en Colonia Tovar, Venezuela". *Revista de Folklore* 30: 99-103.
- CACHO BLECUA, Juan Manuel, 1995. "La crueldad del castigo: el ajusticiamiento del traidor y la 'pértiga' educadora en el *Libro del caballero Zifar*". En *Aragón en la Edad Media. Sesiones de trabajo "Violencia y conflictividad en la sociedad de la España bajomedieval"*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza; 59-89.
- CASTAÑAR, Fulgencio, 2010. *El Peropalo: un carnaval de la España mágica*. Madrid: Pentapé.

- CALVO GONZÁLEZ, José, 1998. *Colección Belmonte de cantes populares y flamencos*. Huelva: Diputación Provincial.
- CAMARENA LAUCIRICA, Julio y Maxime CHEVALIER, 2003. *Catálogo tipológico del cuento folklórico español. Cuentos religiosos*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.
- FLORES VÁZQUEZ, Mercedes y otros, 2003. *Caracterización de la cultura a través de la literatura oral y habla popular del municipio de Atiquizaya, Departamento de Ahuachapán*. San Salvador: Universidad de El Salvador.
- FRADEJAS LEBRERO, José, 1985. "Novela de casarás y amansarás". *Novela corta del siglo XVI*. vol. 1. Barcelona: Plaza & Janés.
- GARCÍA, Sergio Ovidio, 1995. *El Partideño*. San Salvador: Abril Uno.
- GRIMAL, Pierre, 1997. *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona: Paidós.
- GUTIÉRREZ, Gloria Aracely de, s.f. *Tradición oral de El Salvador*. San Salvador: Dirección de Patrimonio Cultural.
- "¿Has escuchado hablar de El Partideño de oriente?", 2010. *Salvatruchos.com*. <http://www.salvatruchos.com/foro/index.php?topic=5759.0ç>.
- JIMÉNEZ MONTALVO, María del Mar, 2006. *La literatura oral de Terrinches: géneros, etnotextos, estudio*. Tesis doctoral. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá de Henares.
- LACARRA, María Jesús, 2008. "El cuento folclórico medieval, de ayer a hoy". En Jesús Suárez López, *Cuentos medievales en la tradición oral de Asturias*. Oviedo: Red de Museos Etnográficos de Asturias; 9-17. http://www.redmeda.com/bibliotecadigital/ISBN9788496906051_SUAREZ_2008/pdf/ISBN9788496906051_SUAREZ_2008_2ed_2009.pdf.
- MARTÍNEZ BARRAZA, Mirna y otros, 2009. *Una aproximación a las expresiones culturales en el municipio de Tacuba*. San Salvador: Asociación de Capacitación e Investigación para la Salud Mental / Fundación para el Desarrollo Socioeconómico y Restauración Ambiental.
- MIHARA, Yukihisa, s.f. *Narrativas tradicionales del Departamento de La Paz, Bolivia*. Osaka: Universidad de Kansai Gaidai.

- OBLITAS, Mónica, 2007. "El Zambo Salvito, un ladrón hecho leyenda". <http://monioblitas.blogspot.com/2007/04/el-zambo-salvito-un-ladrn-hecho-leyenda.html> .
- PEDROSA, José Manuel, 1996. "Rey Fernando, rey don Sancho, Pero Pando, Padre Pando, Pero Palo, Fray Priapo, Fray Pedro: metamorfosis de un canto de disparates (siglos XIII-XX)". *Bulletin Hispanique* 98-1: 5-27.
- , coord., 2008. *Cuentos y leyendas inmigrantes. Duendes, fantasmas, brujas, diablos, santos, bandidos, que recuerdan nativos de Hispanoamérica y de Madagascar que viven en Alcalá de Henares*. Ed. Óscar Abenójar, Claudia Carranza, Cristina Castillo, Susana Gala, Sara Galán, Sergio González, Emma Nishida y Dolores Randriamalandy. Madrid: Palabras del Candil.
- PEÑATE ORANTES, Luis Humerto, 2010. "¿Fue el doctor Alfaro El Cuto Partideño?". <http://juliomartinez.espacioblog.com/post/2008/10/12/el-asesinato-manuel-enrique-araujo> .
- RAVÍREZ, Alberto Pablo, 1986. *Cuentos folclóricos de los Ashenica*. vol. 2. Comp. Ronald Jaime Anderson. s.l.: Instituto Lingüístico de Verano.
- REYES MAZARIEGOS, Sergio [abril de 2011]. "Jutiapa en la historia y la leyenda". <http://jalpatagua.awardspace.com/historia/historiajutiapa.html> .
- SAER, Juan José, 1997. *Las nubes*. Barcelona: Muchnik.
- SÁNCHEZ DE VERCIAL, Clemente, 1952. *El libro de los enxemplos*. Ed. Pascual de Gayangos. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.
- UTHER, Hans-Jörg, 2004. *The types of International Folktales. A Classification and Bibliography, Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson*. Helsinki: Suomalainen Tiedeakatemia / Academia Scientiarum Fennica.
- VELÁSQUEZ, Larissa, 2003. "En Las Chinamas hay un hoyo que zumba". *Diario de Occidente* (5 de diciembre). <http://www.elsalvador.com/DIARIOS/OCCIDENTE/2003/12/05/GENTE/nota2.html> .